

Universalia





USB



Universalía

- **EDITORIAL**
Los Estudios Generales, un espacio de
oportunidad académica
Profa. **Isabel Rodríguez Barradas**
pág. 3
- **CONTENIDO N° 39**
- Un profesional más íntegro
Br. **Luis Contreras**
pág. 7
- El invaluable aporte de los Estudios Generales
Br. **Alexandro Talamo**
pág. 9
- Los Estudios Generales en la USB: más allá de una
formación exclusivista
Br. **Ricardo Santos**
pág. 13
- No hay nada como un cuento bien contado
Br. **Marilyn Nowacka Barros**
pág. 17
- Londres la ciudad atrapada por el vapor
Br. **David Duarte**
pág. 20
- La primavera árabe: ¿una rebelión popular
o una revolución incipiente?
Br. **Luis Antonio Coelho**
pág. 40
- “Tres estudiantes piensan el país”
Profa. **María del Carmen Porras**
pág. 53
- Una Venezuela, dos idiomas
Br. **Alejandro Escalona**
pág. 56
- ¿Dónde está mi País?
Br. **Corina Olivo**
pág. 63
- El futuro está de paro
Br. **María Gaetano**
pág. 67
- Artista **LEVALET**
pág. 74

UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR | Rector *Profesor Enrique Planchart* | Vicerrector Académico *Profesor Rafael Escalona* | Vicerrector Administrativo *Profesor William Colmenares* | Secretario *Profesor Cristian Puig*

DECANATO DE ESTUDIOS GENERALES | Decano *Profesor Rubén Darío Jaimes* | Coordinadores del Ciclo Profesional *Profesora Isabel Rodríguez B. de Veracochea, Profesora Isabel Martins* | Coordinadores del Ciclo Básico *Profesora María Elena Ludeña, Profesor Nerio Borges* | Coordinadora de Formación General *Profesora Emilse Aponte* | Coordinadora del Ciclo de Iniciación Universitaria (CIU) *Profesora Néilda Pérez* | Responsable CIU Litoral *Profesor Scarleth Mujica*

UNIVERSALIA Revista de Estudios Generales | N° 39 N° 39 enero-marzo 2015 | Depósito legal **pp199002CS968** | ISSN **1317-5343** | Director *Profesor Rubén Darío Jaimes* | Coordinadora editorial Lic. *Ingrid Salazar Romero* | Diseño gráfico *Luis Müller* | Impresión **Departamento de Producción de impresos, USB** | Edición **1.500 ejemplares**

Decanato de Estudios Generales | MEM, 1er piso, Valle de Sartenejas | Apart. postal 89000 | Telf. 906.3912 Fax 906.3927 |

www.universalia.usb.ve | **universalia@usb.ve**

EDITORIAL



Los ESTUDIOS GENERALES, un espacio de oportunidad académica

En esta edición, la número 39 de la revista *Universalía*, nos encontramos con textos de nuestros estudiantes en torno al significado –su reflexión personal– de los Estudios Generales en su vida académica y universitaria frente al reto de sus estudios profesionales y también del país.

El pasado mes de noviembre del año 2014, los días 5, 6 y 7, se llevó a cabo, tanto en Sartenejas como en la sede del litoral, el VI Simposio Internacional de Estudios Generales, como espacio de reunión de la Red Internacional de Estudios Generales (RIDEG). Fue en el marco de la inauguración de este evento, en donde tomaron la palabra nuestros estudiantes, Luis Gonzalo Contreras de Ingeniería Mecánica, Ricardo Santos de Ingeniería Química y Alexandro Tálamo de Ingeniería Química y representante estudiantil ante el Consejo del Decanato –todos ganadores del concurso Segundo Serrano Poncela de los últimos tres años–, para expresar con verbo intenso e impecable, el verdadero significado de lo que los Estudios Generales representan para un importante número de estudiantes, precisamente lo que establece la diferencia de nuestra casa de estudios y de nuestros egresados.

Es importante subrayar ese aspecto de los Estudios Generales, porque son un espacio, la oportunidad académica para el crecimiento más allá de lo académico, el personal; un espacio para la reflexión, el análisis, pero no solo en cuanto a lo cultural, lo social o lo humanístico, eso sería reducirlos a una parcela aislada y precaria porque son, de igual modo, factor importante en la formación de nuestros jóvenes para asumir el compromiso que como profesionales y ciudadanos tendrán que enfrentar, el de poder ser capaces de responder a una sociedad llena de retos y desafíos.

Fue muy satisfactorio verlos leyendo sus textos -que también ustedes podrán apreciar en esta edición-, pero más satisfactorio aún, que se extendiera al reconocimiento de los invitados internacionales ante lo que era, no solo el produc-



to evidente de unos estudiantes aplicados, sino también de lo que nuestros programas reflejan en ellos. Su intervención ratifica la necesidad de incorporar a la RIDEG, como capítulo aparte, a los estudiantes.

Eso es lo que esperamos de los Estudios Generales, eso es lo que yo, personalmente, espero haber sembrado con mis cursos en los estudiantes que me siguieron. De ser así, no habré arado en el mar.

Profesora Isabel Rodríguez Barradas

Coordinadora del Ciclo Profesional
del Decanato Estudios Generales.
Enero 2013 - enero 2015





Un PROFESIONAL

más íntegro

→ Br. Luis Contreras
Estudiante de Ingeniería Mecánica

Cuando llegué a la Universidad Simón Bolívar no tenía duda de que cursaría estudios en una casa de excelencia, pero no tenía claro lo que representaban los estudios generales para un profesional de las ciencias. Bajo la timidez de un “nuevo” también me enfrentaba a los requisitos necesarios para optar por el cambio de carrera, todo se dibujaba en reunir la cantidad de condiciones necesarias para que este cambio se diera. Afortunadamente conseguí con éxito los objetivos que me planteaba.

Pero entre tanto se cimentaban las primeras bases de un profesional con criterio y esto iba tomando forma gracias a los estudios generales. Descubrí a través de estos cursos la realidad del venezolano, su picardía, su historia y los problemas con que lidiamos. Aprendí de nuestra realidad geográfica y de los países que nos rodean. Sobre todo, aprendí a no creer los discursos hasta llevarlos a un criterio más o menos lógico.

Hoy me atrevo a decir que de nada servirán los magníficos conocimientos de la ciencia si no sabemos cómo aplicarlos para mejorar la calidad de vida de nuestra gente. Desde mi humilde percepción esta es la principal razón que hace la diferencia entre un profesional y un gran profesional, el primero domina los conocimientos necesarios para resolver cualquier problema en su área y con seguridad triunfará en el campo laboral, el segundo no solo sabe resolver problemas sino que busca con sensibilidad social las necesidades de su entorno y las resuelve, este último no solo tendrá éxito sino que dejará al mundo un poco mejor de cómo lo encontré.

De los estudios generales conocí la magnífica herramienta de la redacción y como las ideas han trascendido en el tiempo gracias al lenguaje. Conocí las cuali-



dades del caballero
y lo que hace verda-
deramente pleno al
ser humano, no tardé un segundo en
reconocer la crítica que hacia nuestro insigne Uslar

Pietri cuando decía “Somos un puñado de hombres con fe, con esperanza y sin caridad”. Analicé el pensamiento crítico y encontré la sutil diferencia entre un argumento bien estructurado y una falacia que intenta convencer. También aprendí del arte de los espacios que consideramos sagrados en nuestra vida diaria. En ese momento vi con otros ojos nuestro querido jardín Cromovegetal, mi lugar favorito de todo el campus, o incluso cada salón donde el conocimiento se hace protagonista en cada mañana. Aprendí que no hay recetas cuando de economía se trata y que un país consciente de las cartas que puede jugar buscará generar riquezas en todas las áreas pero jamás se olvidará de los más vulnerables de la sociedad.

Creo que el mayor impacto de los estudios generales en un hombre de ciencia reside en la construcción de la capacidad para trazar un camino más equilibrado en su futuro, para formar líderes que no solo saben dirigir sino que hacen que cada seguidor se comprometa y brinde el mejor trabajo posible. Estoy seguro de que cada egresado de las casas de estudio donde se cursan estudios generales tiene una visión más amplia para aplicar todas las herramientas que lo conforman como profesional.

Hoy día los estudios generales son más que vigentes en nuestra educación, sin embargo es necesario discutir el manejo de estos cursos y la importancia de los temas que se imparten. Se deben propiciar espacios para actividades como la literatura, las artes y la cultura en donde el estudiante refuerce los valores humanos. De igual manera se debe resaltar la importancia de las ciencias puras en temas generales y en actividades extra cátedra. Se debe dar especial importancia a los temas ecológicos y el desarrollo sustentable pues hoy más que nunca enfrentamos los problemas que generan la irresponsabilidad ambiental. En este sentido, pienso que el Simposio Internacional de Estudios Generales será propicio para reflexionar sobre el camino que deben tomar estos importantes temas. De esta manera los estudios generales seguirán siendo el valor agregado más importante que nuestros egresados puedan tener.

A woman with long dark hair, wearing a white long-sleeved top and black pants, is sitting on a concrete ledge. She is holding a book in her right hand and looking at it. The background is a plain, light-colored wall.

El invaluable aporte de los Estudios Generales

Br. Alexandro Talamo
Estudiante de Ingeniería Química (USB)

De

Alfonso X de Castilla, el Sabio, heredamos la primera definición de “studium generale” como el lugar donde se imparten saberes múltiples ratificados por alguna autoridad, donde “hay maestros de las artes así como de gramática, lógica, retórica, aritmética, geometría, astrología... maestros de decretos y señores de leyes”. En esta categoría estaban las primeras universidades medievales como la Universidad de Bolonia, Nápoles, Salerno, Roma y otras tantas en Italia, o la Universidad de París y la Universidad de Oxford en Francia e Inglaterra, respectivamente. A pesar de ser un concepto medieval, el movimiento de los estudios generales en las universidades, que ocurrió en la década de los 30, demuestra la vigencia de todo el ideal que subyace tras un Estudio General.

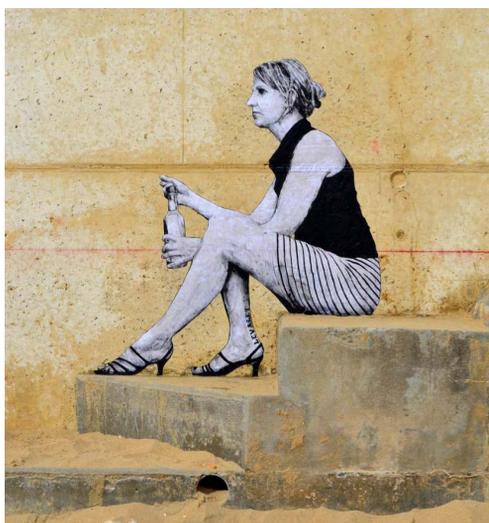
La experiencia universitaria siempre ha tenido una marcada tendencia hacia la precisión y la exactitud de resultados que ofrecen las ciencias y, en algunas ocasiones, se ha dirigido más a un proceso de sobre especialización profesional que a la formación integral del ciudadano, como diría Jorge Rodríguez Beruff en su conferencia “La pertinencia y actualidad de los Estudios Generales para el futuro de la educación superior” en 2010, y es allí donde el movimiento de los años ‘30 encuentra su razón de ser, pues plantea firmemente y en voz alta la necesidad de formar profesionales especializados, sí, pero que además posean una comprensión abierta y transdisciplinaria del mundo, que les permita guiar el desarrollo de la sociedad

democrática en la que viven de forma ética, consciente y tolerante con los diferentes factores culturales y ambientales que sobre ella influyen.



En la Universidad Simón Bolívar, el Decanato de Estudios Generales es el encargado de construir este pilar en nuestro proceso de formación, a través de los programas académicos presentes tanto en el Ciclo Básico como en el Ciclo Profesional. Como estudiantes universitarios tenemos acceso a la más alta formación técnico-científica que conducirá al progreso tecnológico del país y de la región, pero además tenemos a disposición todos los Estudios Generales de libre elección que nos ayudan a diversificar nuestra comprensión del mundo, nos invitan a leer la historia y a involucrarnos con el entorno socio-cultural de manera crítica, para convertirnos en profesionales integrales.

Particularmente, mi relación con los Estudios Generales ha servido para fortalecerme como individuo, para retar las verdades establecidas desde



mi propia perspectiva, e incluso para asimilar mejor mi personal herencia italovenezolana. Me ha hecho adquirir un criterio de mayor apertura al involucrarme en temas tan funda-

mentales como la concepción de la propia identidad, el respeto hacia la identidad del otro y su comprensión desde todos los ángulos posibles, la valoración cultural de mi entorno y el compromiso con el medio ambiente que todo futuro profesional debe sentir, pero más allá de eso, ha constituido el espacio donde he podido expandir mi universo intelectual y entender que la idea de una formación integral que nació en las universidades medievales, más que una pretensión, es una verdadera necesidad. Me ha hecho comprender que hoy, en pleno siglo XXI, es indispensable el inter-

cambio activo entre las diferentes áreas del saber para afrontar los retos que nos impone la globalización, el libre ejercicio de la democracia y la pluralidad política, el impacto de la sociedad de la información y el, cada vez mayor, compromiso de la Universidad con la co-

munidad. He comprendido también que el proceso migratorio va más allá de un simple hecho geográfico y que se produce no solo en el continuo desplazamiento físico de los ciudadanos entre un país y otro, sino en la transferencia continua de información y conocimiento a la que todos estamos sometidos, y con la que, sin duda alguna, se expanden nuestros horizontes. He aprendido a reconocer que la categoría de artista, en su rol de creador, incluye al pintor, al escritor pero también al ingeniero y al investigador, pues cada uno, utilizando su pincel particular y obedeciendo a sus musas personales, trabaja por un mismo legado que nos une a todos bajo su manto: el conocimiento general de la humanidad. Además puedo afirmar que, sin la sensación de estar exagerando, en el espacio que me han ofrecido los distintos Estudios Generales en la Universidad Simón Bolívar es donde he podido satisfacer mi necesidad de ir más allá de la exquisita curiosidad científica y acompañarla con un genuino interés por otros aspectos de la humanidad en un intento más acertado de comprender el universo que, citando a Galileo Galilei no

es más que: “ese inmenso libro que constantemente está abierto ante nuestros ojos (...) que no puede comprenderse si antes no se ha aprendido a descubrir su lenguaje y a conocer los caracteres en los que está escrito”.

He allí la importancia de participar en espacios como este VI Simposio Internacional de Estudios Generales y en instituciones como la Red Internacional de Estudios Generales, pues solo cuando se propicia la discusión de estos tópicos y se logra atraer la atención tanto de los investigadores como la de los estudiantes en formación, es que el mensaje puede mantenerse vivo y propagarse para atraer nuevas voluntades a involucrarse en la (de)construcción del mundo que nos rodea. Es solo así que nos mantendremos en el sendero correcto hacia una sociedad democrática, consciente y respetuosa del medio ambiente, tolerante y promotora de su propia diversidad cultural, en la que todas las áreas del conocimiento universal puedan finalmente trabajar de forma conjunta y efectiva por el bienestar común.







Los Estudios Generales en la **USB:** más allá de una formación exclusivista

Br. Ricardo Santos
Estudiante de Ingeniería Química



Morral, par de libretas, algún lápiz a medio recorrido salvado de la papelería, un borrador y una calculadora fueron las armas seleccionadas para la batalla, para aquel férreo encuentro que se daría en los salones de este valle por aquellos meses de frío. Era septiembre del año 2008 y yo estaba iniciando la universidad.

Comenzaba mis clases en la USB, en la mejor universidad del país según muchos otros. Yo quería ser un ingeniero de los buenos, de aquellos que intercalan el traje con una bata y un casco, de esos que tienen una calculadora en la cabeza, de los que son útiles para la sociedad. Por eso cuando en mi comprobante de estudios apareció una asignatura llamada Lenguaje I la confusión se apoderó no solo de mí, sino también de mi pequeño grupo de nuevas amistades, ¿vamos a gastar tiempo en esto, leyendo? fue el reclamo colectivo. A pesar de nuestra mala disposición, decidimos darle al curso el beneficio de la duda.

Afortunadamente los malos presagios se distanciaron bastante de la realidad. Al culminar la primera clase quedé fascinado, no solo por la increíble puesta en escena del profesor —el cual considero ahora un verdadero maestro— sino por lo que allí se había discutido. Una frase del escritor inglés Francis Bacon tomada de su ensayo “Sobre los Estudios” hizo eco en mí: “la lectura hace un hombre completo; la conversación, un hombre ágil; y la escritura un hombre exacto”, afirmación en la que hoy día creo a cabalidad.

A la par de los cursos de matemáticas, física y termodinámica, mi formación ha sido complementada con una fuerte educación en el ámbito de las humanidades. Tres cursos de literatura y dos cursos de Estudios Generales en la misma rama, despertaron en mí algo más que un gusto por la literatura, despertaron en mí —y en algunos de mis compañeros— un sentido de reflexión, de cuestionamiento de la realidad, una



búsqueda de algo más allá de lo plenamente tangible.

Las presiones sociales, económicas y familiares por obtener un título universitario nos obligan a convertirnos en autómatas, en una especie de máquina apta para aprobar exámenes en decaimiento de nuestra condición de personas, de humanos. Así la universidad se parece más a un recinto lleno de pájaros ciegos, animales con amplias capacidades para volar pero que no pueden disfrutar de los paisajes por los que se desplazan.

La universidad es el espacio de la formación profesional, pero también debe ser cuna del desarrollo personal. Saramago establece en su texto *Democracia y Universidad* que “La universidad es el último tramo formativo en el que el estudiante se puede convertir,

con plena conciencia, en ciudadano; es el lugar de debate donde, por definición, el espíritu crítico tiene que florecer: un lugar de confrontación, no una isla donde el alumno desembarca para salir con un diploma”.

En la USB los estudiantes tenemos la oportunidad de desarrollar ese juicio crítico, esa conciencia del entorno, esa atención del espíritu a través de los cursos de Estudios Generales. Quién diría que una historia fantástica como *Los Hechos del Rey Arturo* y sus nobles caballeros me mostrara que la fidelidad a nuestros principios y valores es lo que nos define como personas, que mantenerse en lo difícil parece ser el secreto de la excelencia y de la entereza personal; que *Autopista del Sur* me hiciera cuestionar por qué en nuestra sociedad actual todo el mundo mira fijamente

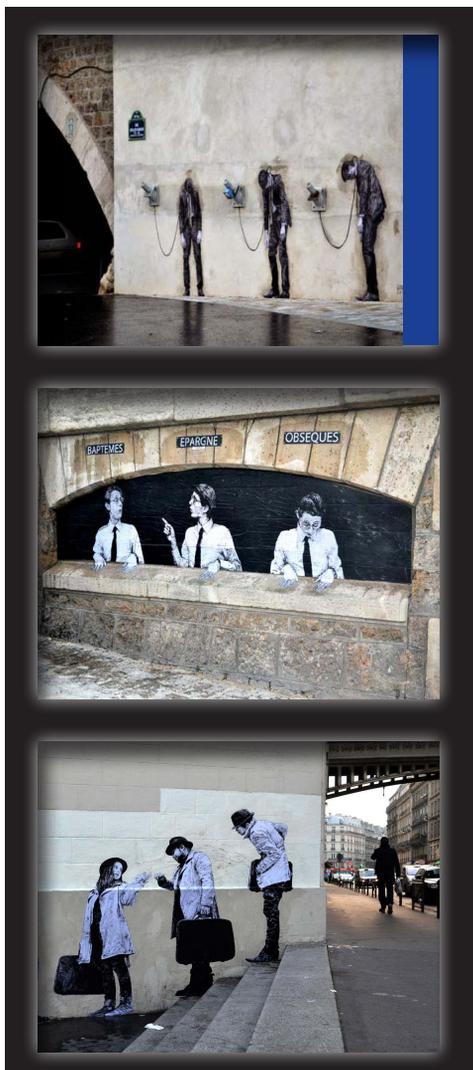
hacia adelante, exclusivamente hacia adelante; que Ciudad de la furia me mostrara que Buenos Aires y Caracas son ciudades postmodernas en las que se rompe con los grandes relatos, quién diría que todos estos cursos enseñarían tanto de la vida.

Es deber de todos nosotros crear, incentivar y mejorar los cursos que propician este cultivo del alma. En la USB se han dado grandes pasos en favor de esta empresa, sin embargo, todavía quedan asuntos pendientes. Nuestras universidades requieren con carácter de urgencia una democratización de la cultura.

Una democratización del saber se vive a diario en el DIDACTRON USB, un centro destinado a la divulgación de la física, química y matemáticas enmarcado en un museo interactivo. En ese proyecto se derrumban los paradigmas de enseñanza de la ciencia, convirtiéndola en una opción de esparcimiento y conocimiento para los más jóvenes, un público que, por lo general, no solía asistir a estas exhibiciones. Les invito a pensar en algo similar para las humanidades, ¡cuánta necesidad hay de fomentarlas!

Sábato decía que “a la vida le basta el espacio de una grieta para renacer”, entonces, es deber de todos nosotros fomentar esas grietas. Si el estudiantado no cuenta con la disponibilidad de asistir a un curso de doce semanas de extensión, o no quiere atar su rendimiento académico a estos, busquemos otras vías para hacer llegar el mensaje: foros, charlas, cursos de narrativa, clubes de lectura o concursos de escritura

son actividades que deberían hacerse con mayor regularidad. “Lo que importa no es la cantidad de autores que pueda absorber el estudiante, sino el espíritu y la agudeza con que lo haga”, escribía en la década de los sesenta el escritor venezolano Mariano Picón Salas. Llegó el momento de tomarle la palabra.







Br. Marilyn Nowacka Barros
Estudiante de Ingeniería de Computación

No hay vergüenza más grande como aquella que uno pasa en el extranjero cuando en una conversación con alguna persona con la que no se comparte patria, conoce más de tu país que tu mismo. Es que no hay dónde meterse ¿Qué hacer o decir? Es simple y pura vergüenza, y no en vano, porque ¿Qué hay de hermoso en conocer otras culturas, si no se conoce la propia antes?

No es fácil encontrar un colegial diciendo “Mi clase favorita es la de historia de Venezuela”. O esa clase de “ciencias sociales”, como la llaman en primaria, que resulta ser la misma “Historia de Venezuela” dada en séptimo y octavo grado, que es prácticamente lo mismo que “Cátedra Bolivariana” en noveno y que vuelve a su nombre original (“Historia de Venezuela”) en cuarto y quinto año de diversificado. Y es que, a pesar de ver por lo menos en una década entera de vida colegial, una y otra vez los mismos cuentos de la historia de Venezuela, los únicos recuerdos que la mayoría de los niños se llevan de aquellas largas horas son de aburrimiento, fechas imposibles de recordar, historias monótonas y por supuesto nada de conocimiento sobre lo que verdaderamente cada uno de los once profesores (probablemente diferentes) quiso transmitir: la historia de Venezuela.

¿Por qué tiene que ser así de aburrida y monótona?, le pregunté una vez a alguien que me





respondió: Es que Venezuela, como tiene una historia tan corta, tienen que estirla lo más posible para poder darla en todos los años del colegio. Por eso hay tantas fechas y nombres, de batallas que no importaron y personas de las que jamás volverás a oír hablar, llenos de detalles superfluos que nadie debería saber, ni siquiera si es venezolano, antes de saber quién fue Napoleón, por poner un ejemplo.

Fue en octavo grado, cuando en mi ignorancia entendí todo lo que esta sabia persona me había dicho. Este es el año en donde el Ministerio de Educación ubicó una materia de cuatro horas por semana, donde en todo el año escolar pretende hacer aprender a quien asiste, todo sobre la historia universal: desde el hombre de Neandertal hasta la creación de la Unión Europea, pasando por todo: Mesopotamia, egipcios, griegos, romanos, inquisición, Revolución Francesa, creación de algunas religiones, siglo de las luces, guerras mundiales, Martin Luther King. Todo. “Historia Universal” se llama la asignatura, pero claro, el universal se refiere solo al mundo occidental porque difícilmente, por no decir que sea imposible, se termina con lo estipulado (en un solo año académico), como para también meter en el temario la extensa historia “del resto del mundo”.

Y así se gradúan los bachilleres venezolanos: sabiendo nada del mundo (o lo poco que lograron absorber en este año de bombardeo de historia occidental) y nada de su propia historia, porque a pesar de haberla visto hasta el cansancio, justamente por esa tediosa repetición, se vuelve la mayoría de las veces algo difícilmente absorbible.

Es más tarde cuando muchos piensan: “¿Por qué no aproveché?”. Y entonces, comienzan con, probablemente, un poco más de madurez a recorrer las páginas de libros de historia de Venezuela y ¿por qué no? de Latinoamérica (a quien por cierto no mencionan nunca durante esos once años, con excepción de aquello de que “Bolívar liberó cuatro naciones más, además de a Venezuela”).

Ya en la universidad, resulta insólito que alguien no sepa cosas básicas de la cultura venezolana o del mundo en general. ¿De dónde sacaron el conocimiento? Probablemente de estas minuciosas revisiones autodidactas de la historia, como signo de madurez. Sin embargo,



así muchas lagunas e incógnitas quedan “al aire”.

La Universidad Simón Bolívar busca en sus alumnos profesionales íntegros. Egresados que no solo se interesen por su cultura, sino por la de otros. “...La inquietud de la Simón Bolívar por la formación de un individuo realmente calificado, no sólo en su especialidad, sino también para el liderazgo, la comunicación, la ética, la tolerancia y la apertura intelectual...” (1). Pero para abrirnos intelectualmente, para conocer más de otras culturas, debemos tener la nuestra clara. Saber nuestras raíces y de dónde procedemos: nuestra historia. Solo así, un intercambio de culturas es exitoso: cuando las dos están aferradas a la propia, pero abiertas para conocer y entender las demás. Con la tolerancia siempre de primero, claro está.

La cátedra “La religión en el proceso histórico de América Latina”, engloba mucho de lo comentado anteriormente. Busca hacer entender al estudiante de una manera muy amena, cómo inició todo y de dónde sale nuestra cultura. Porque conocer el idioma de una nación y vivir en ella, no bastan para entender su cultura: la historia hay que saberla, para así poder entender la situación actual de la misma, su pensamiento y su forma de actuar.

En estos tiempos difíciles en Venezuela, es importante tener siempre presente que “Quien olvida su historia está condenado a repetirla”². Hay que saber la historia. No solo la propia, también la de otros y así aprender de sus errores y no tropezar de nuevo con la piedra que otros y mucho menos nosotros mismos, ya nos hemos



topado. Esta asignatura hace su aporte en dejar este recuerdo de lo que es, por lo menos un trozo, de la historia de Venezuela y América Latina, en la mente de cada uno de sus alumnos, haciendo de los mismos futuros profesionales con una cultura más rica y un recuerdo más vivo de lo que para muchos es su país: Venezuela.

la bibliografía se encuentra en
www.universalia.usb.ve



Londres

la ciudad atrapada por el vapor

Br. David Duarte

Estudiante de Ingeniería de Materiales

Trabajo presentado en el curso "La ciudad imaginada.
Visiones urbanas en la literatura y el cine" LLC356,
dictado por la Prof. Claudia Cavallin

"A pesar de los enormes saltos tecnológicos de las últimas décadas, en muchos sentidos, nuestra visión del futuro sigue siendo la misma que la de hace 40 años. A medida que nos precipitamos a 1999, una nostalgia distinta, por una incumplida promesa de un futuro –en su mayoría la idea de que un día seríamos liberados de aquello mundano– se encuentra durmiente en buena parte de nuestra cultura popular... Algunos lo llaman 'retrofuturismo'.

JAMES SULLIVAN,
"Visions of Tomorrowland; How past concepts of the future are taking over pop culture",
The San Francisco Chronicle, 3 de enero, 1994

El tema del trabajo que presentamos fue la ciudad de Londres de principios de siglo de XIX. Este escenario estuvo lleno de un creciente dinamismo, pues fue la cuna de un proceso que aceleró el ritmo normal del quehacer diario de sus habitantes: La Revolución Industrial.

La ciudad materializada en el largometraje animado *Steamboy* (2004)*, que fue objeto de análisis en estas páginas, fue concebida bajo la mirada de un director

* Ambientada en la Inglaterra victoriana, esta aventura épica trata de un joven inventor de nombre Ray. Un día Ray recibe una enigmática bola metálica de su abuelo científico, Lloyd. Desde ese momento, Ray se ve empujado a un mundo de aventuras e intrigas increíbles. La bola metálica es, de hecho, una "bola de vapor", el corazón de un misterioso y siniestro "castillo de vapor", y la clave secreta de una fuerza de poder incomparable. Pero hay varias organizaciones poderosas ansiosas por capturar la "bola de vapor" y Ray debe decidir cuál de esas organizaciones representa el bien y cuál el mal. La consiguiente lucha por la bola atraviesa tierra, mar y aire e impulsa a Ray a la aventura más excitante de su vida. Con su propio padre y abuelo en desacuerdo sobre el progreso y el significado de la ciencia, Ray debe tratar de determinar por sí mismo en lo que cree y finalmente en quién puede confiar, mientras el futuro se encuentra en sus jóvenes manos. (Tomado de la butaca.com)

extranjero (y por supuesto ajeno a la época): Katsuhiko Ōtomo. El ambiente imperante tiene el atractivo de conjugar en sus contornos una transición entre lo artesanal con lo mecanizado. Es así como conserva dentro del paisajismo londinense elementos tradicionales, como la torre del reloj “Big Ben” y el Palacio de Westminster, tan arraigados en el imaginario actual del extranjero, y elementos que nacieron en el seno del proceso industrializador: chimeneas de fábricas textiles, rieles de locomotoras, etc. Es decir, parte de la temática tratada será la de proyectar ese proceso de cambio que tiene lugar en una ciudad contemporánea.

Aunque la imagen evocada hace alusión a una Inglaterra de corte victoriano, se enmarca dentro del conjunto de expresiones artísticas denominadas retrofuturistas, que encuentran su origen en la añoranza del pasado y que se caracterizan por la fusión de la estética clásica con la tecnología moderna de vanguardia. En consecuencia, el conflicto entre lo nuevo y lo viejo y la crítica al poder de la tecnología que nos distancia como sociedad no se puede desligar del desmontaje crítico de esta ciudad.

La problemática aquí propuesta afecta directamente el urbanismo de

Londres, no tratada desde el punto de vista de la planificación y ordenación de la ciudad, producto del abandono de la ruralidad para dar paso al asentamiento en los grandes aglomerados de Londres y el área metropolitana, sino más bien apelando al carácter descriptivo y explicativo de la urbanística. Esta problemática, traducida a pregunta, fue la siguiente:

¿Por qué, aunque el hierro y el vapor de la industrialización no lograron engullir el cromatismo del paisaje londinense de principios del siglo XIX, pervive hasta el imaginario de hoy una visión oxidada y herrumbrosa de la ciudad?

Antes de continuar, es menester dar una breve sinopsis del film para orientar a los lectores que no están familiarizados con su contenido:



El fenómeno del maquinismo se filtró en varios aspectos de la vida de los individuos, en múltiples facetas: en el transporte, en el sistema de producción, en la estructura laboral y social y, por supuesto, en la mentalidad de cada una de las personas. Por lo tanto es interesante resaltar que el elemento transformador de este suceso histórico pudo ir más allá de una mera reestructuración arquitectónica, al moldear las representaciones imaginarias internas que tenían los habitantes de la época. En consecuencia, el estudio de esa Londres victoriana nos permitió analizar transmutaciones importantes en la ciudad desde ambos planos: el real y el psíquico.

La época victoriana se divide en tres etapas: el asentamiento social tras la Revolución Industrial, el período de estabilidad interna y la agudización de los problemas junto a la radicalización del movimiento obrero y sindical.

Cuando la reina Victoria ascendió al trono, Inglaterra era esencialmente agraria y rural; a su muerte, el país se encontraba altamente industrializado. Si bien en

Steamboy no se logra captar toda esta metamorfosis, sí se consigue plasmar esa transición de lo rural a lo urbano. La relevancia del tema radicó entonces en la posibilidad de situarnos en el renacimiento de una urbe.

Siendo una producción del séptimo arte, se entiende que la Gran Bretaña puesta en escena no es una extensión o propiedad del objeto narrado. Sin embargo, hay varios aspectos alentadores que hicieron de esa película y de esa locación un ambiente adecuado para presentar el desmontaje crítico de una obra. Por ejemplo, Londres es una ciudad donde los rastros de la Inglaterra victoriana y la Revolución Industrial son todavía visibles. La animación fue un verdadero trabajo artístico porque involucró una investigación exhaustiva que comprendió un acercamiento directo a Gran Bretaña.

El vapor y las máquinas se tomaron como los objetos fundamentales. El vapor es un tópico central, está en toda la película, incluso en el título. Para él no hay barreras, por lo que al seguirlo nos da un tour por las calles. A donde él va la cámara le sigue.

Las máquinas son la nueva forma de producción y el nuevo medio de transporte. La ciudad las acoge. Al ver-





se en la necesidad de abrirles paso para que transiten se crean redes ferroviarias que terminan por conectar y expandir el territorio.

Tratado sobre Londres

Londres fue, durante la Revolución Industrial, la ciudad más ilustre de Europa, el centro político, económico y social dónde congeniaban además los más importantes adelantos. Era, sin lugar a dudas, el ejemplo a seguir, la Gran Urbe que toda ciudad europea aspiraba llegar a ser. Era con sus luces y sus sombras el gran modelo de desarrollo: de ciudad campesina modesta, de un millón de habitantes en 1801, a la enorme urbe industrializada de 1910 que superaba los cuatro millones y medio de habitantes.

Fue la ciudad del ying y el yang, dónde podemos hallar el mayor lujo y a la vez las más paupérrimas condiciones de vida, desde el oropel y el esplendor de Mayfair a los bajos fondos de Whitechapel. La “big city” del vicio pero, al mismo tiempo, cuna de numerosos movimientos religiosos de tintes caritativos.

El cambio de paradigma (de lo manual a lo mecanizado) que se suscitó, abarcó todos los aspectos: económico, político y social, generando un fuerte choque de ideas que engendraron una serie de problemas palpables. La derogación de leyes agrícolas y la inequitativa configuración del derecho de sufragio fueron focos de disturbios sociales. La búsqueda de la ilustración humana también hizo mella en las personas. A partir de los trabajos e investigaciones de letrados como Charles Darwin se comenzó a cuestionar siglos de hipótesis sobre la historia y la ciencia, sobre el





hombre y el mundo y sobre la religión y la filosofía (Canales, 1999).

No es nuestra intención explayarnos en una discusión histórica, ni mucho menos asumir el rol de cronistas. Sólo pretendemos construir una base teórica simple que permita al lector ubicarse en un tiempo y un espacio ajeno a ellos y también a nosotros. Lo que no podemos dejar escapar son unos breves comentarios sobre la esfera social victoriana. A fin de cuentas ellos son los actores de cuyas ideas y acciones se materializaron las visiones que aún perviven sobre ese entorno.

Muchos son los diagnósticos que un antropólogo podría arrojar en relación a una sociedad tan compleja. Nos basta con recalcar sus modismos, sus costumbres y su moral. En el período victoriano la sociedad estaba sumergida en la disciplina y exacerbada de moralismos, rígidos prejuicios y severas restricciones. El ahorro, los deberes de la fe y el afán por el trabajo destacan como valores insignes. Antagónicamente, los excesos y los vicios, por ejemplo el sexo, eran repudiados, pues se vinculaban a la pereza y la pobreza.

Si tuviésemos la facultad de transitar por alguna de las avenidas londinenses de aquellos años, notaríamos que los varones dominaban la escena, tanto en lugares públicos como privados. El deber ser de las mujeres era recatarse al espacio privado, con un estatus de sometimiento y del cuidado del

hogar y los hijos. Tal doctrina no es estrictamente inamovible, pues muchas damas eran insertadas en el ámbito laboral; Katsuhiko Ôtomo refleja esto último en su obra y hemos querido esquematizar este contraste ama de casa-obrera con las dos primeras imágenes del anexo (Canales, 1999).

Deseamos cerrar este apartado, dejando por escrito el doble discurso moral referente al tema tabú del sexo. Mientras su majestad Victoria procuraba disponer de manteles lo suficientemente largos para cubrir las patas de las mesas y así evitar incitar a los hombres con el recuerdo de las piernas femeninas, clandestinamente prosperaba un mundo sexual subterráneo donde proliferaba el adulterio y la prostitución. Este comentario puede sonar fuera de lugar en un trabajo dedicado a la ciudad, pero no es así. La faceta oscura de Londres, sumida en la lujuria y el pecado, es una versión más de esta urbe, no menos verídica que la que queremos abordar en este análisis literario. En consecuencia, reconocemos que la “Big City” inglesa cuenta en su vestuario con múltiples trajes: a veces se coloca una armadura metálica, al buen estilo del Medioevo, para interpretar, paradójicamente, el progreso y la ilustración, y en otras ocasiones se le antoja un disfraz más liviano y

tétrico, para entrar en un personaje macabro: la Londres de Jack el Destripador.

Desvirtuando el centro de gravedad de Londres

No olvidemos el punto de partida de nuestro análisis, la visión pintoresca, pero percutida de Londres, que he-

mos adoptado como dogma, aunque no se eleve al grado de teorema fundamental.

Ante todo, el paisaje dibujado en Steamboy es una representación, y en ella participan las dos formas básicas mencionadas por Gustavo Remedi en su artículo “Representaciones de la ciudad. Apuntes para una crítica Cultural” (1997): la realidad material, social-

mente construida (hace siglos atrás), y la representación simbólica que la precede. La pantomima filmográfica proyectada en pantalla por el director nipón cae en el repetitivo ciclo de retroalimentación ficción-realidad, donde las ideas trazadas en elaborados mapas mentales tienen una referencia en acontecimientos históricos auténticos, se procesan en el mundo cerebral y vuelven a la realidad, reproduciendo una versión verosímil. La salvedad en este caso es que el imaginario de Ôtomo no puede moldear el espacio londin-





nense que lo cautivó, pues el mismo se extinguió hace bastantes años y ahora es destinado a habitar sólo en los libros de historia, víctima del inexorable avance del tiempo, cuyas leyes no se pueden transgredir.

Por lo tanto, el visionario Katsuhiko y su equipo son turistas elevados al cuadrado: extranjeros del país y forasteros de la época. Igualmente, el trabajo resultó doblemente extenso: construir el pasado a partir de vestigios en el presente y luego usar ese pasado como trampolín para dar un salto al futuro (un futuro retro). Afortunadamente, muchas locaciones en Londres conservan rastros de la Inglaterra de Victoria. El Museo de Ciencias de Londres, el Museo de Ciencia e Industria en Castfield y el Museo Nacional del

Ferrocarril, albergan una vasta colección de exposiciones científicas, desde motores de vapor y locomotoras hasta submarinos, equipos fotográficos y tecnología médica, material suficiente para emprender una investigación ardua y profunda acerca del vestuario, el arte, la arquitectura y la maquinaria otrora.

Steamboy se sitúa en un punto de inflexión o ruptura entre dos sistemas: el feudo y la industrialización. El viaje que realiza Ray (el protagonista) desde la floreada campiña de Manchester hasta la lúgubre Londres (el imperio de las máquinas y de la nueva modernización) va marcando una transición de ritmos: de lo apacible y estático a lo frenético y dinámico. Esa coyuntura entra dentro de la categoría de cambio o gran giro histórico de la humanidad. Por ello, las representaciones del tiempo y el espacio no son representaciones marginales, sino primarias y fundamentales, ya que se convierten en

estrategias y metáforas mediante las que buscamos captar y comprender fenómenos sociales, económicos y políticos más complejos (Remedi, 1997).

Durante la narrativa fílmica que se cuenta en esta obra de animación los



actores interaccionan unos con otros minuto a minuto, y es producto de ese intercambio de diálogos que surge un conflicto el cual a su vez transforma los espacios urbanos en un campo de batalla; en palabras de Remedi, la acción humana otorga a la ciudad una identidad múltiple y problemática.

El arrollador proceso maquinista ya se había adelantado a la tesis, más contemporánea, de Manuel Castells, expuesta en su escrito “La ciudad informacional: tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano regional” (1995), donde nos advierte de los efectos espaciales derivados de la emergencia de nuevas tecnologías de la comunicación y del transporte:

“Los nuevos descubrimientos científicos y las innovaciones industriales están ampliando la capacidad productiva de las horas de trabajo, a la vez que suplantando la distancia espacial en todos los ámbitos de la actividad social”

Una ciudad sin lustre

Precisamente la tecnología es uno de los principales sospechosos de drenar el cromatismo de la metrópolis londinense, o al menos, de opacarla. Para agilizar el traslado de las mercancías en un país en plena expansión hubo que mejorar las vías de comunicación y los transportes mediante el bastimento de una red amplia de canales y carreteras. Las pequeñas comunidades, antes aisladas, quedaron expuestas y negocios enteros se mudaron a las ciudades, ahora más accesibles, aunque no por ello más económicas. Presenciamos un efecto inverso a la segmentación de los territorios ciudadanos que acontece en nuestros tiempos, fenómeno argumentado y sostenido por el sociólogo francés Alain Touraine en su conferencia “La transformación de las metrópolis” en 1998.

Desde el primer minuto de rodaje de Steamboy las máquinas entran en escena. Sus libretos no son muy complejos





y no tienen que memorizar muchas líneas, sólo un ¡clack clack! o un siseo de vez en cuando. Ni siquiera tienen que dirigirles la palabra a los humanos, ni lidiar con sus crisis éticas. El bien y el mal son términos que no conocen y sin embargo parecen tan vivas, tan enojadas cuando exhalan vapor por sus fauces.

Respecto a esta nueva raza vale destacar a dos especímenes: La máquina de hilar y la máquina de vapor, tecnologías de punta, dejando de lado los inventos ficticios, como el monociclo de Ray. La máquina de hilar tuvo como padre a Richard Arkwright (en 1770); esta hábil tejedora producía fibras de algodón de gran resistencia, su invención se toma como punto de partida de la Revolución Industrial y le dio a Inglaterra el dominio del mercado de las telas de algodón durante el siglo XIX. La máquina de vapor fue concebida por James Watt (en 1769) y con ella se aprovechó el vapor como fuerza motriz para acarrear grandes volúmenes de materiales y perfeccionar los transportes.

Las máquinas habitan la ciudad: en sus fábricas y estaciones. Demandan enormes cantidades hierro y carbón para mantenerse operativas.

Todo se resume a una serie de eventos interpenetrados entre sí, como una especie de efecto dominó, cuya última ficha se precipita sobre la problemática que nos compete (el paisaje idealizado hasta nuestros días): la economía inglesa deseaba dilatar sus horizontes, por lo que construyó fábricas y automatizó los procesos de producción; se dio a luz a las máquinas, estas se alimentaban de hierro y carbón y de la digestión de dichos minerales se transmutó el vapor que envolvió las calles y sus edificios. Más aún, donde hay metal ferroso y artefactos de hojalata seguramente hay engranajes rechinantes que claman por aceite lubricante y grasoso. Y donde hay carbón debe existir una caldera, calor humedad, hollín y herrumbre.

Incluso los pintorescos veleros que transitaban por el Támesis fueron víctimas del hierro, ya que la necesidad de acortar distancias y agilizar las





personalidad hostil de Londres, una ciudad que al sentir sobre su empedrada piel el abrasador calor del fierro ardiente, proveniente de los rieles y de las calderas de vapor, contraataca con la expulsión, en un intento fallido de sacudirse a quienes le han agredido. Los autores Mónica Charlot y Roland Marx documentan en su obra *“Londres, 1851-1901: la era victoriana o el triunfo de las desigualdades”* (1993) que los acaudalados banqueros optan por mudar sus hogares a los barrios más elegantes, como Belgravia o Mayfair. Sus empleados, en cambio, se ven forzados a instalarse en los suburbios más alejados del centro, donde los alquileres son más baratos. Dicho en palabras de

transacciones mercantiles dieron pie a la sustitución de las estructuras de madera y las velas por hélices y armazones de metal. En términos simples, se puede decir que la cotidianidad fue manufacturada.

El director artístico de Steamboy, Shinji Kimura, intenta rescatar los matices fuera de la escala de grises en el largometraje. Al respecto comenta: “Cuando viajamos por Gran Bretaña, observamos realmente lo diferentes que eran los colores que componían los distintos pueblos. Tuvimos cuidado de acentuar las sombras de los rojos y los verdes cuando hacíamos Steamboy, porque son colores típicamente ingleses”

El destierro social vestido de luto

Escarbando un poco más profundo, en lo histórico-social, sale a relucir la





Remedi, la ciudad expulsa a las clases medias, que no pueden financiar el alto costo de vivir en las ciudades, y las clases pudientes tratan de alejarse de la miseria urbana, pero ni unos ni otros se alejan demasiado.

En la City las parcelas y terrenos son tan costosos que la mayoría de los edificios se transforman en almacenes, fábricas y oficinas. Es por ende una urbe dedicada única y exclusivamente a los negocios, que hierve de actividad durante el día y duerme deshabitada al caer la noche. Grandes puertos comerciales, un sistema bancario mucho más denso y especializado que el resto del mundo y la sede del mayor mercado mundial de oro convierten a esta metrópolis, entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, en una ciudad global.

No escapa esta localidad inglesa al ojo crítico de filósofos, antropólogos y sociólogos. Sorprendentemente, la discusión sobre el espacio londinense

victoriano tiene cabida a nivel popular, fuera de los canales disciplinarios habituales. De no ser así, no habría cobrado fuerza el movimiento steampunk.

Como se mencionó, la evolución de Londres en este período la condujo a integrar comunidades aisladas, pero hay que aclarar que tal unificación tuvo acogida solamente en el plano arquitectónico y de reestructuración civil. La esfera social es harina de otro costal. La diferencia de altura en los peldaños de la pirámide de clases se tornó más y más infranqueable. Incluso los oficios se segregaron. No sabemos, a ciencia cierta, si hubo guetos, pero con toda seguridad pululaban los gremios (herencia de la Edad Media). Gracias a la influencia de los gremios se tendió a situar las diferentes profesiones en coordenadas concretas de la ciudad, creándose así la calle de los hilanderos, la calle de los orfebres, la calle de los



zapateros, etc. Por citar algunos ejemplos icónicos, Cheapside era la zona de las joyerías, Lombard Street era el barrio de los bancos y en los alrededores Saint Paul residían las librerías (Charlot y Marx, 1993).

Siguiendo esta línea de ideas sobre disgregación social, sumamos los valiosos argumentos de Touraine, quien en su discurso pronunciado en Barcelona, con motivo del “10è aniversari de la Mancomunitat Metropolitana” (1998), hace alusión al proceso transformador de Londres decimonónica, una fragmentación que parece estar cobrando cada vez más fuerza en las ciudades actuales: “Londres fue el caso extremo de una ciudad totalmente dividida entre este y oeste, con gente que casi no hablaba el mismo idioma, que difícilmente se entendían debido a la diferencia

entre el acento de la parte oeste de la ciudad y el del este. Esto me parece importante, la imagen de la ciudad se vuelve negativa en el sentido de que la ciudad es la burguesía y el pueblo se siente eliminado. Y muchas veces, en muchos casos, es materialmente eliminado, literalmente expulsado de la ciudad”.

Según Touraine (1998), en el ideario forjado en torno a las estaciones de ferrocarriles siempre han existido zonas de desintegración, asociadas a prostitución, al robo y el pillaje. Tal concepción es rescatada por el director Ôtomo en el film al escoger la escena de la locomotora, dirigiéndose a la estación Victoria, como el sitio donde acontece la persecución y secuestro de Ray.





Autómatas de carne y hueso

No fue sino hasta finales del siglo XIX (fuera ya del intervalo cronológico de nuestro interés) que se comenzó a crear una democracia industrial, es decir, a transfigurar la idea de derechos civiles en derechos sociales, primero en Alemania y después, de manera más sólida, en Inglaterra y Estados Unidos. Quizá ello explique, o por lo menos nos ayude a deducir, el por qué los londinenses dejaron que la percepción de Londres fuese corroida y despigmentada. A fin de cuentas, qué le podía interesar a un obrero ser ciudadano si como trabajador no tenía derechos (Touraine, 1998).

El panorama pesimista, visto e internalizado a través de los globos oculares de los asalariados, quienes migraron desde los verdes campos, desde la variopinta y multiforme campiña, y se concentraron alrededor de los centros fabriles, en lugares antihigiénicos. Las condiciones laborales fueron paupérrimas y extenuantes, llegándose en repetidos casos a dilatar las faenas de 14 a 16 horas diarias por un sueldo miserable. La ausencia del tecnicolor en la retina del proletariado, aunado a una

rutina cargante, tiño matices grises horizonte que se alzaba en la ciudad.

Se dice que la afamada novela de Charles Dickens, *Oliver Twist*, publicada en 1838, es el mejor reflejo del trabajo infantil en la época victoriana. Nada más cierto. Pues bien, *Steamboy* hace honor a esa cruda realidad. No observamos a Ray asistiendo a la escuela, sino en calidad de operario en una fábrica textil, arriesgando su vida para detener la inminente explosión de un volante de motor, bajo la atenta y nerviosa vigilancia de su jefe, quien vela por sus máquinas, pero no por la seguridad de sus subordinados. Hay una crítica obvia a la explotación infantil. Los niños eran más vulnerables a padecer tuberculosis o alergias a causa del polvo y la humedad.



Este temperamento robusto, tosco, con poco tacto y carente de cariño y del instinto de protección maternal hacia los infantes deja entrever la personalidad eminentemente masculina de la “Big City” europea.

Pérdida de identidad: fantasmas y no lugares

Si nos detenemos a pensar por un momento en lo antiguo, lo olvidado y lo viejo, posiblemente, luego de un consenso general, las visiones autosugestionadas más arraigadas en el argot popular sean: polvo y telarañas, metales oxidados, imágenes en blanco y negro y alguno que otro objeto excéntrico con miles de botones, pero solo una función (y por supuesto grande y aparatoso). Cuando alguien o algo ha sufrido los embates del tiempo tendemos a percudir el holograma que proyectamos de esa entidad, y la naturaleza contribuye a reforzar esa imagen: los espectros son translúcidos, el cabello de los ancianos se vuelve blanco, la ropa guardada por años luz en el ático de nadie pierde su tonalidad y se impregna del característico aroma a moho. En el largometraje “*el chico de vapor*” somos meros espectadores, separados del escenario por una barrera de cristal, pero los efectos visuales persiguen enaltecer nuestros sentidos, y al hacerlo surge esa asociación con lo de antaño. Se podría incluso postular que los sustantivos, arriba listados, son la personificación textual de las calles y avenidas de Londres.



Retomemos el siguiente axioma, versado por el profesor David Ortega en su libro “*Historia Universal*” (2001): “La economía inglesa pasó de la elaboración de productos artesanales, propia de la sociedad feudal, al modo de producción masivo de tipo capitalista industrial, en el que predomina la producción en serie y en unidades de producción llamadas fábricas. En la fábrica existía una rígida división del trabajo, a diferencia de los talleres artesanales, en los que el artesano elaboraba el producto en todas sus fases”.

Nótese que el artesano británico, ahora rebautizado como proletario y perteneciente a un nuevo gremio (la masa obrera), pierde individualidad en muchos sentidos. Ya no bastan sus dos manos para culminar un objeto, aho-



ra es imprescindible una cadena de ensamblaje de múltiples brazos y en la que cada personal contratado pase a ser un engranaje, lubricado y adoctrinado, de un complejo mecanismo automatizado.

Los movimientos repetitivos, el mismo uniforme, el andar frenético y el sonido monótono de los motores hacen de las fábricas gigantescos no lugares.

No hay tiempo para hablarle al compañero porque el tiempo es dinero, no para el asalariado sino para su patrón. Sólo se dialoga con las máquinas, las cuales exigen toda la atención y concentración. En la factoría se manufacturan cantidades exorbitantes de mercancía, y la masificación es una forma de ausencia.

En Steamboy, contradictoriamente, no es la textilera el no lugar, pues incluso allí el jefe tuvo la decencia de aprenderse el nombre de sus subordinados y reinaba un espíritu de camaradería. Pero sí encaja dentro de la taxonomía de Marc Augé (*Apuntes sobre los No-Lugares. Espacios del anonimato*, 1993) la torre de vapor. En el interior de este monumento utópico el doctor James Eddie Steam (Eddy) grita órdenes a nadie en particular para que cierren o den apertura a válvulas. Es un lugar neutro y frío que no propicia la creación de símbolos. Los súbditos del megalómano científico están conscientes de que deben redirigir el flujo de vapor sin saber por qué o para qué. El apodo de no-lugar le cae como anillo al dedo a la torre de vapor porque esta edificación no existió y nunca existirá.

El desvanecimiento de la identidad individual alcanza su clímax con los soldados de vapor. El hierro no pa-





rece conforme con devorar el diseño neoclásico, oriundo de las empedradas calles de Londres, y de incubar in situ un proceso de metástasis para esparcirse desde adentro hacia afuera de los edificios como un cáncer maligno. Su siguiente paso es apoderarse del hombre y posesionar su cuerpo.

La fundación Ohara, némesis del joven Ray, ha firmado un pacto ritual con la ciencia; la meta de la organización es lucrarse monetariamente a partir de armas de guerra. El cuestionamiento del uso partidista de los progresos técnicos cobra especial importancia para los japoneses (nacionalidad del director Katsuhiko Ōtomo) según nos cuenta Tonia Palleja en su crítica titulada “De hierro y vapor” (2005), puesto que aún no ha sanado el traumatismo generado por las tragedias que azotaron a las poblaciones de Nagasaki e Hiroshima. De este resentimiento nace la inspiración para otorgar un comportamiento antropófago a las armaduras de metal. Debajo de su álgida superficie subyace la identidad carnal del homo sapiens. Uno de los temores más difundido en el imaginario, la sustitución del hombre por las máquinas, tiene sus minutos de gloria en

la película, a lo mejor a modo de advertencia de lo que sucede cuando jugamos a ser Dios.

Los lectores que nos han acompañado ávidamente en esta plática escrita probablemente se percataron que, en todo momento, nos interesa sondear un terreno dúplex: por una parte el sujeto social colectivo, y por la otra, categorías concernientes al análisis simbólico de la ciudad. Esta fusión de recursos no es innovadora, sino una emulación del enfoque proclamado por Armando Silva en su manuscrito “La ciudad como arte” (1992-1993). En ese mismo manuscrito la tinta recorre por varias conjeturas que nos han servido para dar abrigo al vapor y el humo, fantasmas que se ciernen sobre cromatismo de Londres.

El vapor se representa permanentemente a lo largo del film. Hay dos tipos de vaho neblinoso: uno oscuro, viciado, que más bien es el humo subproducto de la quema de madera o carbón. Este traslada nuestra imaginación inmediatamente a las chimeneas de las fábricas o de las antiguas locomotoras, que a su vez profanan la horizontalidad de la urbe. El otro vapor, blanco y pulcro,

es un gas condensado que representa la fuente de energía de la Revolución Industrial y a la vez inunda toda la ciudad. El vapor vive constantemente en el espacio urbano, por lo que lo evoca.

El etéreo fluido aparece para dejarse ver solo cuando son exorcizados los artefactos metálicos. La epifanía dura apenas unos breves instantes, pero el volumen gaseoso producido es tal que nunca abandona definitivamente la atmósfera de la “big city”. Le da pigmentos lánguidos, la diseña como lugar o no lugar, la agranda o la minimiza y la sumerge en los más misteriosos ruidos, olores y creencias (Silva, 1992-1993).

La figura espectral de la que divaga Silva es pariente de la que se mudó a



la Gran Bretaña decimonónica, aunque no es la misma. La primera es una efigie del inconsciente, introducida por Sigmund Freud, mientras que la segunda es verídica, alquímica y ajena al plano neuronal. No obstante ambas comparten el gusto por morar urbanizaciones y seducir al ciudadano.

Dentro del afuera: el palacio de cristal

En la trama de Steamboy, Londres está zambullido en un clima festivo ante la víspera de la Gran Exposición (en inglés *The Great Exhibition of the Works of Industry of all Nations*), una feria mundial celebrada en 1851 que mostró las mejores invenciones de la era: productos manufacturados, artilugios, esculturas, materias primas, todo lo cosechado por la industria humana y su inagotable imaginación. La sede del magno evento fue el Palacio de Cristal, ubicado en Hyde Park.

El *Cristal Palace* parece sacado de un cuento de hadas, más quimérico que los vehículos propulsados por vapor. Créalo o no ese recinto existió. Fue diseñado por Joseph Paxton, un ilustrador y paisajista inglés. Paxton fue jardinero en Chatsworth, al servicio del Duque de Devonshire. Allí había experimentado con colosales viveros de hierro y vidrio, por lo que pudo aplicar sus conocimientos al palacio con resultados asombrosos.

El Palacio de Cristal expropiaba una superficie enorme (580 metros de largo, 137 metros a lo ancho y 34 metros de altura) que únicamente es-

taba separada del universo exterior por una delgada piel de vidrio. En esa circunscripción el afuera vivía adentro, se rompía el eje de límite de lo público frente a lo privado, como plantea Silva. Los asistentes de la Feria Mundial entraban, pero seguían afuera, expuestos al suceso público.

Leonardo Benévolo, en su libro “Historia de la arquitectura moderna” (1979) hace referencia a la metáfora urbana del adentro/afuera, inherente al Cristal Palace (sin embargo, si queremos ser rigurosos, la expresión “metáforas urbanas” no había sido acuñada aún). Dice Benévolo que: “Desde el punto de vista estético, se crea un desarrollo dimensional importante con una composición geométrica interesante. Supone la ruptura del espacio interior y exterior, por la transparencia del cristal que hace posible ver desde dentro el exterior y viceversa”.

El Palacete invisible quebranta la tiránica ley de marrones, pardos y grises que gobernaba la metrópolis. Era el perfecto modelo de deshumanización mecánica (como lo cataloga John Ruskin), desechando parcialmente nuestra tesis de ciudad herrumbrosa; ¿Por qué es inmune o cómo logró defenderse del almagre del hierro?

Varios argumentos responden las interrogantes. En primera, no se trata del tipo de material, metal vs vitrocerámica. A pesar de pavonearse con un hermoso cutis de cristal el esqueleto del pabellón era de hierro. Hay que palear más hondo, en la concepción de la ciudad soñada, que antecede a

la real, y en el fin utilitario de las zonas de dominio público. Paxton se inspiró en la *Victoria Regia*, el lirio de agua más grande de todos, nativo de las aguas profundas del río Amazonas, y trasplantó sus contornos orgánicos en la voluptuosa edificación. Disipado el enigma de diseño, se hace evidente el desapego sensual entre el palacete y el movimiento histórico que imperaba.

Cristal Palace no estaba supeditado a la economía, era un lugar de exhibición, no de producción industrial, salvaguardado por Hyde Park.

Concluida la Gran exposición se notó una preocupación en los londinenses por recuperar y devolver a la gente





el terreno comunal que tenían perdido. El público en general no quería que el edificio permaneciera en el parque. Joseph Paxton recaudó fondos, lo compró y fue reubicado en Sydenham Hill, al sur de Londres. Tal iniciativa, archivada en el texto “The Great Exhibition of 1851: New Interdisciplinary Essays” de Purbrick Louise (2001), da fe de la influencia de los ciudadanos en el trazado de la urbe y así lo cree Jesús Martín Barbero, quien en su entrevista para la revista Teína (2004) comenta que los ciudadanos son los que dan forma a la urbe, no las carreteras, los puentes o el hormigón, sino las maneras como vivimos o dejamos de hacerlo.

El movimiento retrofuturista: steampunk

En Steamboy se entreteteje la trama en una metrópolis que fusiona la realidad con la ficción, creando una mezcla homogénea donde el delgado surco que separaba a estos dos componentes se ha diluido. El origen de esta interpenetración de mundos tiene su base teórica en la temática que sustenta la

historia: el retrofuturismo (y, para ser más precisos, uno de sus subreinos, el steampunk), género que se propaga y extiende en una línea temporal artificial ajena a la nuestra, pero que a la vez conserva maravillosos lazos con nuestro pasado, un mundo ideal en algunos casos, una distopía en otros.

Ojo, hablamos de retrofuturismo, no de postmodernismo ni de futurismo, aunque este último alimentó e inspiró al primero. El movimiento retrofuturista descansa en lo ucrónico social y artístico y su musa proviene del concepto o visión del futuro imaginado del ayer, el universo del mañana que nunca fue.

El atompunk, el dieselpunk y el steampunk son la herencia del retrofuturismo. La tercera emana del trabajo de los padres de la ciencia ficción, los visionarios Julio Verne y H.G. Wells. La disconformidad, la nostalgia de tiempos pretéritos, la pobreza, el desempleo y la superpoblación coexisten con la ilustración, los buenos modales victorianos y el sentimiento, hoy casi extinto, del honor. Todos ellos son temas recurrentes. Cuando la balanza se inclina hacia el lado pesimista se apagan las luces sobre la tarima y la representación de la ciudad que se exterioriza desde la psique, desde el plano imaginario, es conmutada a sombras y sepias.

Teniendo en cuenta que es válido entender el retrofuturismo como una inclinación o manera de percibir el entorno espacial en el que vive y se agrupa un conglomerado de personas,

que comparten esta misma tendencia, es fácil deducir o razonar que dicho movimiento genera enfoques o representaciones subjetivas (donde cada individuo estampa su percepción íntima) que nutren de esta forma el completo imaginario creado dentro del movimiento.

De retorno al presente

De este desmontaje crítico-reflexivo queremos recapitular, a modo de conclusión, los siguientes aspectos, para aquellos lectores que no se detienen en detalles y les gusta ir al grano, al meollo del asunto.

Londres fue (y seguro sigue siendo) una ciudad de múltiples rostros: la ciudad lujuriosa, la ciudad de los asesinatos, la ciudad del orden, los modales y el progreso. Como en un caleidoscopio, se forman diferentes imágenes dependiendo del enfoque,

de la posición de los objetos y de cómo el cristal de la mente filtra las imágenes, pero siempre estará presente la realidad material, socialmente construida, y la representación simbólica que la precede.

La pantomima filmográfica proyectada en Steamboy por el director nipón cae en el repetitivo ciclo de retroalimentación ficción-realidad y se sitúa en un punto de inflexión o ruptura entre dos sistemas: el feudo y la industrialización.

La acción humana otorga a la ciudad una identidad múltiple y problemática a la vez que va acortando su distancia espacial. Para agilizar el traslado de un lugar a otro los ciudadanos recurrieron a la tecnología, uno de los principales sospechosos de drenar el cromatismo de la metrópolis londinense, o al menos, de opacarla.

Le economía inglesa deseaba dilatar sus horizontes, por lo que constru-



yó fábricas y automatizó los procesos de producción; se dio a luz a las máquinas, estas se alimentaban de hierro y carbón y de la digestión de dichos minerales se transmutó el vapor que envolvió las calles y sus edificios. En términos simples, se puede decir que la cotidianidad fue manufacturada.

La tardía transfiguración de derechos cívicos en derechos sociales nos ayudó a deducir el por qué los londinenses dejaron que la percepción de Londres fuese corroída y despigmentada. La ausencia del technicolor en la retina del proletariado, aunado a una rutina cargante, tiñó matices grises horizonte que se alzaba en la ciudad.

El vapor fue un ente importante en la representación de Londres porque moraba constantemente en el espacio urbano, por lo que lo evocaba, le daba pigmentos lánguidos, lo diseñaba como lugar o no lugar, lo agrandaba o lo minimizaba y lo sumergía en los más mis-

teriosos ruidos, olores y creencias. No obstante, son las maneras como viven o dejan de hacerlo los ciudadanos lo que francamente le da forma a la urbe.

Las fotografías de la película *Steamboy* y la Bibliografía se encuentran en: www.universalia.usb.ve





Br. Luis Antonio Coelho
Estudiante de Licenciatura en Química
Trabajo presentado en el curso CSX-394
“Revoluciones: disolución y conformación
del poder político” dictado por la
Profa. Carolina Guerrero.

Introducción

En los últimos tres años la opinión pública mundial ha estado centrada en una serie de acontecimientos políticos que han tenido lugar en la región del

Magreb y de Oriente Próximo: violentas protestas y revueltas populares a gran escala han sido el detonante de una crisis gubernamental sin precedentes en gran parte de los países del mundo musulmán. Desde Túnez hasta Yemen se han suscitado alzamientos civiles y militares (en mayor o menor grado) que exigen, entre otras cosas, mayores libertades y la demo-

LA PRIMAVERA ÁRABE: ¿UNA REBELIÓN POPULAR O UNA REVOLUCIÓN INCIPIENTE?



cratización de rígidos sistemas de gobierno, generalmente islámicos, represivos y dictatoriales. La prensa internacional ha bautizado esta ola de movimientos populares como “Primavera Árabe” y numerosos periodistas, internacionalistas y politólogos la han catalogado indistintamente como una rebelión o como una “revolución democrática”. Ahora bien, ¿será correcto utilizar estos términos como sinónimos para describir lo que es verdaderamente la Primavera Árabe? ¿Están presentes en ella los elementos que caracterizan una revolución? ¿Puede ya ser catalogada como tal, en el moderno significado del término?





Con el fin de dar respuesta a estos interrogantes y de intentar clarificar el verdadero proceso de cambios que se está dando en tales países, abordamos en el presente ensayo la contextualización del conflicto, una breve explicación acerca de la realidad histórica, política y social que lo originó; nos proponemos explicar las diferencias entre las revueltas y las revoluciones; y finalmente, trataremos de discernir si en la Primavera Árabe se encuentran presentes los elementos que caracterizan una revolución y, por lo tanto, si puede ser catalogada como tal.

El origen y la realidad de la Primavera Árabe

El mundo árabe ha estado controlado por monarquías autoritarias y regímenes dictatoriales que, con la excusa de poner freno al islamismo, y con el apoyo

de un Occidente cegado por seguridad y el beneficio económico, han vendido como estabilidad un sistema de represión brutal para seguir dando cobertura a la corrupción generalizada. La pobreza, el hartazgo por el inmovilismo político, la falta de democracia y el ansia de dignidad de la población han impulsado la oleada de protestas sociales en el Magreb y Oriente Próximo ⁽¹⁾.

La presión popular forzó en Túnez y Egipto la caída de Ben Ali y Hosni Mubarak, respectivamente, abriendo las puertas a la movilización en otros países como Siria (que a la fecha se mantiene en una cruenta guerra civil), Yemen (produciendo la caída del régimen de Ali Abdullah Saleh), Bahrein, Jordania, Argelia, Marruecos y Libia (originando una guerra civil, que dio pie a la intervención de la comunidad internacional, y que culminó con la caída de Gaddafi) ⁽¹⁾. De esta forma las protestas, aunque más levemente, se expandieron por casi la totalidad del mundo árabe. Sin embargo, por lo emblemático, la contundencia y la magnitud de la movilización popular se procederá a explicar brevemente el conflicto en tres países específicos: Túnez, Egipto y Libia.

Túnez fue la nación detonante de la Primavera Árabe ^(2,3). Según el intelectual español Juan Goytisolo, desde su independencia de Francia en 1957 hasta los años ochenta, el Gobierno de Habib Burguiba sentó las bases de un Estado laico y democrático. Un sistema educativo abierto a los principios y valores del mundo moderno, el estatus de la mujer incomparablemente superior al de los países musulmanes vecinos y un nivel de vida aceptable en comparación con estos, pese a la carencia del petróleo, formaron una ciudadanía consciente de sus derechos ⁽⁴⁾.

El declive del poder de Burguiba y el golpe de palacio de Ben Ali en 1987, llevado a cabo supuestamente para preservar la democracia, se tradujo en un





régimen dictatorial que duraría 23 años. Con el pretexto de cohabitar a la amenaza islamista, Ben Ali creó poco a poco un Estado policiaco cuyas redes se extendieron como una telaraña en el conjunto de la sociedad. Toda oposición política fue barrida con métodos despóticos ⁽⁴⁾. Dice testimonialmente Goytisolo:

“En mi última visita a Túnez hace ahora 11 años tuve ocasión de comprobar en persona el acoso que sufrían los demócratas que no se hallaban en la cárcel o en el exilio y la vigilancia policial de quienes entraban en contacto con ellos. Todo eso resultaba aún más chocante por tratarse de un país social y culturalmente avanzado, víctima de la paranoia del dictador y del insaciable afán de poder y riqueza del clan de su mujer, la tristemente célebre familia Trabelsi” ⁽⁴⁾

La indignación moral creciente en la sociedad civil tunecina ante este panorama, aunado al empeoramiento de la situación económica, la mala distribución de la riqueza y el alto desempleo están en el telón de fondo de las revueltas. Sin embargo, fueron otros los principales factores desencadenantes: la acción conjugada de las filtraciones de Wikileaks, que revelaron grandes casos de corrupción, del gran número de tunecinos con acceso a Internet y a sus foros de discusión y finalmente, de la inmolación por el fuego el 17 de diciembre de 2010, de Mohamed Buazizi, un informático de 26 años desempleado, cuyo puesto de verduras y frutas fue tumbado brutalmente por la policía por carecer de autorización para su venta, fueron el detonante de la explosión que acabó por derribar al dictador en enero de 2011 a pesar de todas las reformas económicas y sociales que Ben Ali había propuesto para intentar calmar las revueltas ^(4, 5, 6).

Egipto es una república semipresidencialista que había estado sometida por 30 años a una Ley de Emergencia aprobada en 1981 luego del asesinato del entonces presidente Anwar al Sadat y tras el cual Hosni Mubarak asumió la presidencia. Esta Ley establecía numerosas restricciones de la libertad de reunión y movimiento de personas, detención de sospechosos o sujetos que representan un peligro para el estado, arresto y búsqueda de personas sin ninguna limita-

ción, control de las comunicaciones, la prensa, las publicaciones y todos los medios de expresión, confiscación de propiedades y armas, evacuación de ciertas áreas e interrupción del transporte, en fin, la suspensión de todos los derechos civiles. Durante tres décadas, el gobierno de Mubarak, a través de la policía, había usado la Ley de Emergencia, para imponer su criterio por encima de las instancias judiciales y para detener a activistas políticos, blogueros y opositores ⁽⁷⁾.

De esta manera, la crisis en Egipto encuentra su epicentro en la evidente falta de libertades aunado a la precaria situación en que viven miles de jóvenes. Es a partir de la frustración que siente esta gran parte de la población que comenzaron a generarse las protestas y las consignas anti-Mubarak. La situación económica del país se ha visto marcada en los últimos tiempos por la pobreza, el desempleo, la falta de oportunidades y la corrupción del régimen gobernante (En 2010, el Índice de Percepción de Corrupción de Transparencia Internacional dio a Egipto una calificación de 3,1. Donde 0,0 corresponde

a la percepción de mayor corrupción y 10,0 a la percepción de mayor transparencia ⁽⁸⁾). A esto debe sumarse los rumores de numerosos fraudes electorales, como así también de planes para que su hijo lo sucediera en el cargo. Todos estos hechos suscitaron la furia del segmento joven de la población, el cual encontró en la tecnología y las telecomunicaciones –las redes sociales– el mejor aliado para convocar las protestas y, consecuentemente, fueron también las primeras en sufrir las prohibiciones y clausuras por parte del gobierno ⁽⁹⁾.

En este contexto, e inspirados por los hechos que ya habían producido la caída de Ben Ali en Túnez ⁽¹⁰⁾, el movimiento congregó a miles de ciudadanos alrededor de las calles de El Cairo el 25 de enero de 2011, logrando su principal objetivo luego de un complejo proceso de rebelión y resistencia, del que fueron visibles ante el mundo 18 días de repetidas protestas y de múltiples enfrentamientos violentos con la policía (que dejarían decenas de muertos): después de tres décadas en el poder, Hosni Mubarak dimitió de su cargo presidencial. Ni su promesa de no presentarse a los próximos comicios, ni la de hacer reformas sustanciales a la constitución, ni



la derogación de la Ley de Emergencia, lograron calmar el descontento de una población que exigía ya mismo un cambio político ⁽⁹⁾.

El caso de **Libia** es uno de los más violentos y complejos de la Primavera Árabe hasta el momento. Este país estuvo gobernado durante más de 40 años por el más extravagante y egocéntrico dictador del Magreb: el Coronel Muammar Al-Gaddafi, quien ejercía la jefatura del Estado desde septiembre de 1969 tras haber derrocado la monarquía del Rey Idris por medio de un “golpe revolucionario” ⁽¹¹⁾. Desde los primeros años de su gobierno, el coronel Gaddafi impuso la moralización islámica de las conductas sociales, lo que se tradujo en la proscripción del juego, el consumo de alcohol, y las vestimentas más asociadas a la cultura popular occidental y adoptó una serie de medidas encaminadas a silenciar cualquier contestación a las disposiciones del régimen militar. Así, se prohibió el derecho de huelga, se impuso una férrea censura informativa y se codificó la pena de muerte para los delitos tipificados como contrarrevolucionarios ⁽¹²⁾.

De esta forma, Gaddafi autoproclamado “Guía y Líder de la Revolución”, estableció una implacable dictadura personal y en 1977 dotó a su país de una singular forma de gobierno, sin partidos ni instituciones estatales al uso: la Jamahiriya, híbrido de Islam, “socialismo natural” y “democracia popular directa”, ideología que proclamó en su Libro Verde, y que reservaba la condición de Constitución de Libia al Corán (12). Sin embargo, de acuerdo al catedrático Ignacio Gutiérrez de Terán, el trasfondo de este particular régimen gubernamental es el siguiente:

“... el problema con Gadafi es que sus discursos, proclamas y teorías han perseguido siempre y únicamente justificar o disimular según los casos su ansia de controlar hasta el más mínimo detalle todo cuanto ocurría en el país. Y camuflar su repugnancia a cualquier tipo de instancia o institución que obstaculizase su propio mecanismo de toma de decisiones. Por ello, las teorías sobre el poder popular se terminaron convirtiendo en un chiste de mal gusto; y el líder, en una entidad que suplantaba al estado, auxiliado por una





oligarquía formada preferiblemente por sus hijos y allegados y protegido por un portentoso servicio de seguridad y represión...”⁽¹³⁾

Frente a este panorama de despotismo ególatra, de atraso político y de ausencia absoluta de las más elementales libertades y derechos civiles en que el régimen de Gaddafi había sumergido al pueblo libio por 42 años, el 15 de febrero de 2011, al cabo de un mes de agitación contagiada por las revueltas cívicas en las vecinas Túnez y Egipto, Gaddafi afrontó lo inconcebible: el estallido en la oriental Cirenaica de una masiva insurrección popular exigiendo su caída. La chispa la provocó la detención en Bengasi de Fethi Tarbel, un abogado defensor de presos políticos del régimen; horas después, cientos de familiares de esos

reos se echaron a la calle en Bengasi reclamando su liberación y al final, cerca de 2.000 personas se manifestaban coreando consignas contra el régimen. Su respuesta, rápida y brutal, fue lanzar contra los manifestantes todo el peso de sus fuerzas armadas. La represión a sangre y fuego no detuvo la revuelta, que se extendió a Tripolitania y a la misma capital. El reguero de desertiones militares, políticas y diplomáticas robusteció a los rebeldes, que sin apenas liderazgo formaron un Consejo Nacional de Transición (CNT). Sin embargo, ni el riesgo de quedar acorralado en Trípoli, ni el establecimiento de sanciones internacionales, ni la perspectiva de inculpación de crímenes contra la humanidad arrojaron al dictador, que, desafiante y atrabiliario, prometió aniquilar a los “terroristas”^(14, 15).

De esta forma, lo que había iniciado como una manifestación terminó como una terrible guerra civil. Rápidamente, la violencia se propagó por todo el país, y en la mayoría de las ciudades se desarrollaban combates entre los rebeldes y el ejército libio de Gaddafi. Ante los atroces medios de represión empleados por el régimen, y el bombardeo de poblaciones civiles controladas por





los rebeldes, se precipitó la creación de una zona de exclusión aérea por la ONU, que autorizó de paso el empleo de “todos los medios necesarios” para proteger a la población civil, cuando los muertos se contaban ya por miles, pero sin intervención terrestre. Así, bajo el amparo de Naciones Unidas, el 19 de marzo Francia, Estados Unidos y el Reino Unido emprendieron una campaña de bombardeos aéreos, a la postre puesta bajo el mando de la OTAN. Finalmente, el 20 de octubre, tras semanas de encarnizados combates, el Ejército del CNT

culminó el asalto final de la guerra en la ciudad de Sirte, que finalizó con un episodio tan dramático como simbólico: la captura malherido y la posterior ejecución (entre linchado y tiroteado) del mismísimo Muammar Al-Gaddafi ^(15, 16).

Primavera Árabe: ¿Rebelión o Revolución?

Una vez introducida la exposición sobre el conflicto y la realidad histórica, política y socioeconómica que produjo el estallido en estos tres países representativos del mundo árabe, es tiempo de tratar de discernir el tipo de proceso social por el que se encuentran atravesando las naciones que han servido de escenario para la Primavera Árabe. Más claramente, nos hemos planteado la siguiente interrogante: *¿Estaremos en presencia de una auténtica revolución o de masivas revueltas populares?* La discusión se iniciará dando una definición política de ambos términos, con la que quedará claro, desde el principio, que las revoluciones y las revueltas, si bien comparten elementos en común, son fenómenos distintos y, por lo tanto, es incorrecto el habitual uso de ambas palabras como sinónimos.

Según lo que afirma Norberto Bobbio en el *Diccionario de la Política*, “la revolución es la tentativa acompañada del uso de la violencia de derribar a las autoridades políticas



existentes y de sustituirlas con el fin de efectuar profundos cambios en las relaciones políticas, en el ordenamiento jurídico constitucional y en la esfera socioeconómica”⁽¹⁷⁾. El autor también sostiene que “la revolución se distingue de la rebelión o revuelta, pues esta última está generalmente limitada a un área geográfica circunscrita, carece en general de motivaciones ideológicas, no propugna una subversión total del orden constituido sino un retorno a los principios originarios que regulaban las relaciones políticas-ciudadanas, y apunta a una satisfacción inmediata de reivindicaciones políticas y económicas”⁽¹⁷⁾. Partiendo de estas definiciones, y con base en otros reconocidos autores que han estudiado y caracterizado el fenómeno de las revoluciones, se identificarán a continuación los elementos revolucionarios presentes en la Primavera Árabe para finalmente concluir si éstos son suficientes para catalogarla como tal y distinguirla de una rebelión popular



Un elemento común y característico (aunque no exclusivo) de cualquier revolución es su realización mediante **la violencia**. Para Marcuse, el tipo de alteración radical y cualitativa del orden político y social que implica la revolución incluye la violencia necesaria contra la resistencia de las antiguas instituciones, intereses y formas establecidas, que nunca han cedido voluntariamente a la aspiración de los revolucionarios de obtener formas superiores de libertad (que como veremos más adelante es el fin de toda revolución). La violencia en la revolución no es defendida *per se*, sino que solo es “justificable” cuando se emplea como parte de una represión o protección de las actividades contra-revolucionarias y a favor del progreso humano en libertad⁽¹⁸⁾. Y es precisamente ésta, una característica de los movimientos populares de la Primavera Árabe. En cada uno de los casos particulares analizados anteriormente (Túnez, Egipto y Libia), y en todos en general, ha estado presente la violencia como reacción de la población a las represiones y hostigamientos de regímenes dictatoriales que se niegan a aceptar sus exigencias

de mayores libertades civiles y políticas. Esto pudo observarse, en su máxima expresión, en el caso de la Guerra Civil desatada en Libia.

Para Hannah Arendt nadie puede negar el papel importantísimo que **la cuestión social** ha desempeñado sobre todas las revoluciones, la cual comenzó a tener un rol verdaderamente revolucionario solamente cuando los hombres empezaron a dudar que la pobreza fuera inherente al ser humano y que, por lo tanto, todos podemos aspirar a vivir en mejores condiciones. A pesar de que ninguna revolución ha resuelto nunca la “cuestión social”, ni ha liberado al hombre de las exigencias de la necesidad, todas ellas han seguido el ejemplo de la Revolución Francesa y han usado las potentes fuerzas de la miseria en su lucha contra la tiranía y la opresión ⁽¹⁹⁾. Justamente, la profunda desigualdad económica, la ineficiente distribución de la riqueza, el alto desempleo, el elevado



precio de los alimentos y la pobreza de la mayoría de la población (generalmente joven), aunado a la corrupción reinante en el gobierno, fueron los principales factores que detonaron la Primavera Árabe en Túnez y que luego tendría el observado efecto dominó sobre el resto de los países de la región. La población joven siendo la más afectada se alzó exigiendo, en un principio, mejores condiciones económicas de vida y mayores oportunidades sociales.

Con las revoluciones modernas entra en escena su elemento fundamental, el de **la libertad**. Condorcet lo expuso de forma resumida en esta frase: “La palabra revolucionario puede aplicarse únicamente a las revoluciones cuyo objetivo es la libertad” ⁽¹⁹⁾. Al respecto Marcuse dice, que un movimiento revolucionario, para poder recabar derechos éticos y morales que permitan su justificación, tiene que ser capaz de aportar motivos racionales que hagan comprender sus posibilidades reales de ofrecer libertad y dicha humana ⁽¹⁸⁾. Arendt explica que la libertad a la que apunta la revolución no se limita a la garantía de los derechos

civiles, sino que ésta “consiste en la participación en los asuntos públicos o en la admisión en la esfera pública” ⁽¹⁹⁾.

En el caso de los países del Mundo Árabe la libertad ha estado restringida hasta en los aspectos más fundamentales. En regímenes como los de Túnez, Egipto y Libia (por solo mencionar los estudiados aquí) no existían garantías para sus habitantes ni de los más básicos derechos civiles (como el derecho a la vida y a la propiedad, a la libertad de expresión, de movimiento, de pensamiento, de culto, de desenvolvimiento personal, de reunión, de asociación política...), ni muchísimo menos se permitía la participación sin restricciones de la sociedad en los asuntos de política pública. De esta manera, puede decirse que las masivas manifestaciones populares que, en el marco de la Primavera Árabe, exigen que sus opiniones políticas sean escuchadas por dictadores sordos y una democratización de los sistemas de gobierno autoritarios, con la consiguiente obtención de los inexistentes derechos civiles inherentes a la condición humana, apuntan precisamente a la libertad, pues como afirma Marcuse, ésta siempre supone una liberación de condiciones de esclavitud y represión, una transición de formas de libertad inferiores y limitadas (o casi inexistentes) a otras superiores ⁽¹⁸⁾.

Pareciera entonces que, hasta el momento, todos los elementos que caracterizan una revolución encajan a cabalidad con los movimientos populares de la Primavera Árabe: la violencia, la lucha por la justicia social y el fin de la libertad están presentes ella. Sin embargo, hay aún un punto del concepto moderno de revolución que falta por abordar y que marca la diferencia fundamental con las rebeliones. De acuerdo con Arendt:

“es de suma importancia para la comprensión del fenómeno revolucionario en los tiempos modernos no olvidar que la idea de libertad debe coincidir con la experiencia de un nuevo origen. De esta manera, sólo podemos hablar de revolución cuando está presente este pathos de la novedad y cuando ésta aparece asociada a la idea de la libertad. Ello significa, por supuesto, que las revoluciones son algo más que insurrecciones victoriosas y que no podemos llamar a cualquier golpe de Estado revolución, ni identificar a ésta con toda guerra civil. Todos estos fenómenos tienen en común con las revoluciones su realización mediante la violencia, razón por la cual a menudo han sido identificados con ella. Pero ni la violencia ni el cambio por si solos pueden servir para describir el fe-



nómeno de la revolución; sólo cuando el cambio se produce en el sentido de un nuevo origen, cuando la violencia es utilizada para constituir una forma completamente diferente de gobierno, para dar lugar a la formación de un cuerpo político nuevo, cuando la liberación de la opresión conduce, al menos, a la constitución de la libertad, sólo entonces podemos hablar de revolución”⁽¹⁹⁾.

Como hemos expuesto, pareciera evidente que la Primavera Árabe tiene como objetivo la idea de la libertad; sin embargo, lo que no está muy claro es la presencia de lo que Arendt llama el *pathos* de la novedad, la experiencia de un nuevo origen, la conformación de una forma completamente diferente de gobierno con nuevas instituciones. Hasta la fecha, más allá del derrocamiento de los tiranos, no se han producido cambios verdaderamente significativos y radicales en el sistema político-constitucional de los países donde se ha originado el conflicto. Los intentos por crear nuevas Constituciones en Túnez y Egipto han sido infructuosos por la inestabilidad política todavía presente en estas naciones (en Egipto han resurgido las protestas y se produjo el derrocamiento de el Presidente Mohamed Morsi ²⁰). El caso de Libia es incluso más crítico, la guerra civil ha destruido el país y lo ha sumido en una profunda crisis petrolera, económica y de seguridad social, que ha retrasado cualquier reforma sustancial por parte de Consejo Nacional de Transición ⁽²¹⁾. Por lo tanto, aún es muy pronto para saber si las aspiraciones de libertad y democracia de los movimientos populares en el Mundo Árabe se convertirán en hechos tangibles y si verdaderamente se logrará un cambio axiológico hacia valores democráticos en unas sociedades acostumbradas a años de tiranías, cosa que, según Galvis Gaitán, es clave en una revolución ⁽²²⁾.

Todas estas razones permiten concluir que, actualmente, la Primavera Árabe no pasa de ser una masiva **rebelión popular** con un potencial germen revolucionario en sus entrañas, y que sería muy prematuro calificarla como una auténtica **revolución** en el sentido moderno del término. Sin embargo, ¿acaso todas las revoluciones no comienzan siendo simples revueltas por el descontento popular con ansias de mayores libertades? Solo los hechos y el tiempo podrán determinar si realmente nos encontrábamos frente una verdadera revolución incipiente.





Tres estudiantes piensan el país

Profa. María del Carmen Porras
Dpto. de Lengua y Literatura

En el marco del curso LLA-112, dictado en el trimestre abril-julio 2014, se colocó como tarea a los estudiantes reflexionar sobre los eventos ocurridos en el país a inicios de ese año. Quería ser un punto de partida para pensar la sociedad en la que estábamos (¿que estamos?) teniendo, viviendo, sufriendo.

Los estudiantes fueron alentados a presentar su punto de vista sobre el conflicto que para entonces era la principal noticia. Cada uno, en ese sentido, fue libre de expresar su reflexión sin ser coaccionado a tomar una determinada posición.

Los tres trabajos que aquí se presentan son, creo, valiosos, en el sentido de que sus autores demuestran una capacidad de análisis que, acompañados de esperanza, da como resulta una visión que quizás muchos tilden de ingenua pero que da una cuenta de una juventud que quiere trabajar por el país no sólo con acciones sino pensándolo.

Como palabras finales quiero comentar que estoy muy contenta de que *Universal* le dé cabida a estos textos. Agradezco en ese sentido a la Lic. Ingrid Salazar su interés por estos materiales y al Decanato de Estudios Generales el mantenimiento de este espacio de expresión para los jóvenes. Espero este trabajo siga por muchos años.

Gracias entonces por leer (nos).



UNA VENEZUELA

dos idiomas



Br. Alejandro Escalona
Estudiante de Ingeniería Química

Me he encontrado a mí mismo pensando, divagando en un pensamiento de esos que llegan a la cabeza y uno no se da cuenta ni de cómo arribó ni de cuánto tiempo lleva ahí, pero ya en el río de la mente decido continuarlo con aquella amarga sensación de que no encontraré una respuesta clara a la interrogante que me haré al final, que siempre termina siendo más o menos la misma: ¿Cómo saldrá mi país de esta situación? Siendo un hombre pacífico, como lo soy, siempre termino por llegar a una solución (utópica, muy posiblemente) más o menos democrática, una idealización de qué tan bien podría salir todo si las cosas fueran perfectas, si las personas, no sólo los gobernantes, sino todo el pueblo de Venezuela en general actuaríamos como deberíamos actuar. Por momentos pareciera que la respuesta está allí, en algún lado, que al final del camino hay una solución pacífica a la que podemos llegar todos, unidos como un solo país; sin embargo, me sorprende a mí mismo fantaseando, y despierto de mi sueño divagante para darme cuenta de que no tenemos a nuestra disposición el vehículo para transitar por esa solución pacífica, un vehículo que no puede ser otro que el diálogo.

La Real Academia Española define diálogo como una “plática entre dos o más personas, que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos.”. Visto así, el diálogo es una conversación organizada, un encuentro verbal. Definitivamente no es fácil hablar de la palabra encuentro cuando vivimos en un país en el que lo que

encontramos es realmente muy poco. Entre no encontrarnos seguros en la calle, no encontrar la comida que tanto nos hace falta, no encontrar respaldo en los servicios públicos y no encontrar justicia en la forma en la que se trata a nuestro pueblo, terminamos por no encontrarnos ni siquiera a nosotros mismos, y muchísimo menos podemos encontrarnos con ese hermano venezolano que sufre en mayor o menor medida lo mismo que nosotros sufrimos. Así, por las situaciones de nuestro país, nos cegamos a ver a aquel con quien debemos intercambiar ideas, nos negamos a escuchar realmente al otro, y a su vez, nuestro hermano se niega a hablarnos, o se limita a gritar su opinión sin importarle lo que tengamos para decir. El concepto de diálogo se desbarata por completo, desaparece, nuestro vehículo no encuentra combustible para transitar ese camino de paz, y nos sentimos incapaces de dárselo, pues sentimos que el otro es incapaz de entendernos, y así, poco a poco, nos convertimos en una Venezuela en la que se hablan dos idiomas distintos.

Un dirigente en un micrófono nos divide, su trabajo es aceptarnos a todos por igual, ser el líder de todos los venezolanos, pero él decide remitirse a ser el líder de un grupo, nos dice que somos diferentes, que unos son oligarcas, burgueses y seres llenos de odio y que otros son patriotas, socialistas, venezolanos de verdad. Aunque muchos se nieguen a aceptarlo, este discurso por más que genere reacciones distintas en las partes que ese dirigente señala, termina cumpliendo el mismo objetivo e incluso llega a funcionar. Por un lado está el que cree todo lo que dice el presidente, es chavista, cree firmemente en el modelo de Estado propuesto y en todas las ideologías que este pueda abarcar, acata la palabra del presidente y se siente distinguido por la división impuesta, se considera diferente al que piensa distinto, al que atenta contra su modelo de gobierno, piensa que es un ser lleno de odio hacia los pobres que sólo quiere verlo hundido, no tiene sentido ni causa convencerlos de lo contrario, pues el desprecio no los dejaría entender. Por el otro,





está el opositor, rara vez o nunca se dispone a escuchar al presidente pero se entera de lo que dice, lo aborrece y le desagradan sus palabras, observa a los chavistas que lo aplauden en cadena nacional o escucha a aquellos que repiten sus palabras en el transporte público y le molesta, se siente diferente a ellos, los

siente ciegos, prisioneros de una mentira en la que no saben que ellos mismos se han encarcelado. A los ojos de una gran cantidad de opositores los chavistas son ignorantes con los que no se puede dialogar o negociar, pues ellos no escucharán sus argumentos jamás. Al final, con reacciones diferentes, con algunas posturas más radicales y otras más suaves, el discurso que algunos consideran ley de vida y que otros consideran habladería ridícula termina teniendo un efecto: separa a un mismo pueblo y nos aleja de la conversación, nos aleja de aceptar las opiniones de los demás, de considerar la razón de sus posturas, nos aleja de abrir la mente y de pensar por al menos un segundo que los equivocados podemos ser nosotros, que el otro es venezolano al igual que tú o que yo.

El diálogo es una herramienta que admite posiciones diferentes, maneras de pensar distintas, de hecho, se alimenta de eso, ¿Alguna vez se ha preguntado por qué los programas de opinión, economía o incluso deporte traen a dos expertos en la materia con posturas distintas? La respuesta es sencilla, y es que es más nutritivo, más didáctico e incluso más entretenido un diálogo en el que ambas personas intercambian maneras distintas de ver las cosas a una conversación armoniosa en la que todos piensan igual. Lo que el diálogo no admite, y se deja bien claro, es que una de las partes ignore, demerite o descarte de antemano la postura del otro sin escuchar siquiera sus argumentos. Cuando entramos en el terreno del prejuicio e ignoramos los argumentos del otro por pensar que es ignorante o que nos quiere hacer daño, como lo hacen los opositores y oficialistas respectivamente, estamos cerrando la mente, cercenando cualquier posibilidad de conversación y entendimiento, estamos retrasando el encuentro para una fecha no citada, estamos tirando al drenaje el combustible de nuestro vehículo que supuestamente queremos usar para transitar por el camino de la paz, estamos hablando idiomas diferentes, idiomas que el otro, sea un letrado que sepa desde indonesio hasta maorí o sea un trabajador humilde que apenas y maneja el castellano, definitivamente no podrá entender.

Tras los hechos de violencia, las protestas y las manifestaciones que se han desencadenado en el país durante el primer semestre del 2014, la oposición venezolana



y el oficialismo tomaron la decisión de, por el bien de toda la nación, sentarse en una enorme mesa a sostener un diálogo que, supuestamente, tendría como objetivo eliminar las diferencias, detener la violencia y tratar de sacar al país en el hueco en el que se encontraba, y aún se encuentra, hundido. El resultado no fue muy diferente a lo que vemos en la calle día tras día: intervenciones excedidas de tiempo, un mediador parcializado y la sensación de que realmente nadie estaba escuchando al otro, cada quien aprovechaba su momento de hablar para defender de mejor manera lo que tenía para decir y lo demás ya no importaba, se reafirmó algo que se puede observar fácilmente en la actualidad política venezolana, y es que hasta los

dirigentes con traje y corbata en el país también hablan dos idiomas distintos.

Cuando como venezolanos nos detenemos a preguntarnos “¿Tiene sentido el diálogo?” refiriéndonos a la reunión entre los dirigentes de la oposición y el oficialismo sostenida en Miraflores en cadena nacional, no basta demasiado análisis para descubrir el mayor riesgo que presentaba este encuentro, siendo este sin duda que la gente no perciba nada nuevo, sino la construcción de un espacio de drenaje televisado a ratos. El mayor riesgo del diálogo era, precisamente, dejar de ser diálogo, convertirse en una serie de ideas que toman turno para llegar a la mesa pero que nadie recoge, ideas que se mantienen sin ser rebatidas, apoyadas o alimentadas, ideas que quedan como un simple desahogo, que algunos venezolanos necesitan oír, pero que no representa más allá una solución a los problemas de todos. A pesar de su rotundo fracaso que queda demostrado por la cancelación de las reuniones referentes al mismo poco después, el “diálogo” que de diálogo tuvo poco, dejó muchas verdades sobre la mesa que muchos venezolanos pudieron escuchar mediante la cadena nacional. Estas verdades, y la intención de los dirigentes de al menos sentarse en una mesa a sostener una conversación civilizada, fueron las únicas herramientas que el diálogo realmente le



dejó a Venezuela, herramientas que nuestra falta de entendimiento y nuestro egoísmo no nos ha dejado utilizar a nuestro favor. Las verdades están ahí, los argumentos para debatir con el que piensa distinto están en nuestro poder, pero el diálogo fracasó en hacernos abrir la mente, en ayudarnos a entender que en la medida en la que dejemos al otro hablarnos, podremos llegar fácilmente al acuerdo que todo nuestro país necesita.

Queda en nuestras manos tomar el ejemplo de nuestros dirigentes (al menos en su intención) y transformar las verdades que escuchamos en el diálogo, o a las que llegamos nosotros mismos al analizar la situación de nuestro país, en una vía para conectarnos con los demás venezolanos. No son los dirigentes de Miraflores quienes solucionarán nuestros problemas al conversar, es nuestra responsabilidad como venezolanos tomar el control de nuestros ideales y encontrar la manera adecuada de llevárselos al que piensa distinto, es nuestro deber hacer del diálogo nuestra principal herramienta para aliarnos y ser una sola Venezuela, que halle la mejor manera de solventar los problemas que todos tenemos.

Entonces nos queda a todos la duda ¿cómo dialogar?, ¿cómo encontrarnos en una conversación respetuosa, en un intercambio de ideas justo y efectivo?, ¿cómo unir a una Venezuela dividida por discursos separatistas y rechazos? La respuesta no es una sola, no hay una manera única y funcional en todos los casos, pero hay varios aspectos de nuestra actitud que podemos modificar para comenzar a asumir ese rol de venezolanos y empezar a transformar el país desde nosotros mismos.

El panorama representa una gran complicación, día tras día las acciones tomadas por el gobierno molestan, indignan y frustran a muchos, sin mencionar las dificultades económicas y de seguridad que atraviesa el país, que además el Estado no se enfoca en solucionar, cada vez es más difícil abrirle la puerta al diálogo, cada vez es más complicado aportar para mejorar el país, pues día a día nos encontramos en la lucha por sobrevivir, a la escasez, al hampa o a las deficientes condiciones que el Estado ofrece. Por otra parte, el gobierno en el que tanto confían y al que





tanto aprecian, le dice a sus seguidores que todo lo que se desarrolla a su alrededor es algo planeado por la oposición, busca ocultar sus ineficiencias en las acciones de los demás, tacha de golpistas, de seres violentos que buscan destruir la patria a aquellos que no están de acuerdo con su gestión, el mismo gobierno, que dice representar a todos los venezolanos, es el primero en rechazar y en discriminar. Federico Vegas ha planteado de esta división de Venezuela en su artículo “Nada sucede dos veces”: “Ambas mayorías se van minando, desgastando, sometiendo gracias a su mutuo rencor, mostrando sus cabezas para que sea más fácil cercenarlas”. La frase expresada

por Vegas no puede acercarse más a nuestra realidad, el rencor que compartimos los de uno u otro sector por los que piensan distinto lo único que hace es destruirnos, como pueblo, sí, pero también ralentiza y merma nuestra lucha, nos hace inútiles para realmente progresar, pues sin entender al otro, no hay progreso.

Me causan particular gracia aquellos opositores que protestan, marchan y manifiestan en cada avenida del país, constantemente dicen que no se dejarán doblegar y que no sucumbirán ante el gobierno, pero constantemente insultan y desprecian a los oficialistas en redes sociales, en la calle y en su día a día. Son valientes para enfrentar a un guardia con equipo antimotín, para lanzar bombas molotov o para huir de temerarios colectivos armados en motocicletas, pero a la hora de conversar cara a cara con un hermano venezolano que piensa diferente se acobardan, se ocultan y evaden la conversación. Más allá de la cantidad de veces que protestemos o marchemos, si no somos capaces de abrir un diálogo franco y sincero entre nosotros, si no podemos romper la barrera tan enorme que han creado esos dos idiomas tan distintos que hemos empezado a hablar, si no podemos poner nuestro grano de arena para ayudar al entendimiento de nuestro país, de nosotros como venezolanos y de todo nuestro pueblo, somos un lastre más para el progreso que tanto decimos buscar, somos un impedimento, diferente en forma pero no en magnitud del colectivo armado o del guardia que somete a un estudiante.



Debemos actuar cuanto antes, el cambio empieza por cada uno de nosotros, independientemente de nuestra ideología política, somos nosotros quienes debemos tomar la batuta ahora, no es el momento de esperar a que los dirigentes resuelvan nuestros problemas, no es el momento de aislarse, de callarnos nuestra opinión por miedo o por desilusión, no es el momento de guardar rencor, de separar, de odiar ni de rechazar, es el momento de abrir nuestra mente, de escuchar, de conversar, de dialogar. En la calle, en el transporte público, en la oficina, escucha lo que el oficialista tiene que decirte, escucha su perspectiva sobre el país, escucha al opositor aguerrido, presta atención a sus necesidades y a sus opiniones. Muy probablemente descubrirás que el primero no es un ignorante que piensa que nada ocurre en el país, sino que también vive día tras día los problemas que tú mismo vives, y que también busca una solución. Por otro lado, también descubrirás que el segundo no es un asesino de la patria, un burgués egoísta e indiferente, sino un venezolano que ama a su país y que busca las mejores condiciones de vida para trabajar, comer y disfrutar, un venezolano como cualquier otro que piensa que algunas cosas en el país deben cambiar.

De esa manera, si escuchamos, si pensamos, si analizamos y entendemos, el combustible aparecerá solo, todos como venezolanos llegaremos a una solución con la que estemos de acuerdo como país, utilizaremos el único vehículo posible para la respuesta pacífica de la pregunta que todos nos hacemos, el diálogo será nuestra herramienta para mejorar, cambiar o modificar según consideremos, los idiomas se quebrantarán, las diferencias desaparecerán y nuestro país se unirá, en un solo país que no tiene a opositores ni a oficialistas, sino a personas que tienen libertad de pensamiento y respetan las ideas ajenas, se unirá en una Venezuela en la que se hable, finalmente, un único idioma, el de la paz.





¿Dónde está mi país?

Br. Corina Olivo
Estudiante de Biología

Sé el cambio que quieres ver en el mundo

Esta posiblemente sea la cita más cliché y sobreutilizada que se le haya mal atribuido al pionero de la resistencia pacífica, Mahatma Gandhi. La verdad es que no hay referencia alguna que lo conecte con la frase, aunque se piensa que pudo haber sido parafraseada del siguiente párrafo:

Nosotros reflejamos el mundo. Todas las tendencias actuales en el mundo exterior se encuentran en nuestro cuerpo. Como un hombre cambia su propia naturaleza, la actitud del mundo hacia él también cambia. Este es el misterio divino supremo. Es algo maravilloso y la fuente de nuestra felicidad. No tenemos que esperar a ver lo que otros hacen.

Tal vez no sea tan pegajosa como la primera, pero para mí, profundiza sobre la actual responsabilidad que poseemos los ciudadanos como individuos, dueños de estos mundos interiores que nos conectan a una colectividad más grande que la suma de sus partes.





Una pieza esencial en todo este aparato social es sin duda la protesta. En todo el mundo protestan, desde los países más ricos del mundo hasta en comunidades sumidas en la miseria, protestan cuando los impuestos están muy altos y protestan cuando están muy bajos, protestan para liberar a los animales del zoológico, protestan por la inflación, por los que no tienen que comer, y por los aditivos químicos en la comida. Protestan en las calles, en los colegios, en carpas, frente a las iglesias y los parlamentos. Con pancartas, con las caras pintadas, encadenados a árboles, desnudos y desnudos mientras la pancarta cubre lo demás...

En fin, las protestas no son nada del otro mundo, y de hecho son necesarias para mantener una democracia sana.

Las personas piensan que el conflicto en un país es razón para preocuparse, cuando yo lo veo algo así como tener un buen matrimonio; si hay algo peor que dos personas que siempre se pelean son dos personas que ya no tienen nada de que hablar.

Para eso existen asambleas, debates y medios de comunicación, foros y páginas en blanco donde los ciudadanos buscamos conciliarnos los unos con los otros. Claro, esto es fácil decirlo sin especificar el país y sus condiciones. Considerando que estamos hablando de Venezuela, la triste realidad es que estos espacios de conciliación son casi inexistentes.

La situación no me pegó hasta alrededor de un mes después de haber iniciado todo, durante el apogeo del conflicto, cuando una organización mediática del gobierno llamada Fundación Jorge Rodríguez Padre sacó un video que consistía en una serie de jóvenes que se hacían llamar "estudiantes bolivarianos" acusando a los jóvenes que protestaban de golpistas, títeres de la oposición, conspiradores, instrumentos de odio... ¿a alguien más le suena esto familiar?

No puedo pero mencionar lo deleitable que fue la ironía de que apareciera el logo de la organización al final del video en la forma de un tanque.

Pero dentro de todo el fanatismo y el típico espectáculo que todos criticamos del chavismo,



de pronto me vi intrigada por algo en el video, fueron cinco pequeñas palabras que me atraparon y de las cuales no me puedo sacudir.

¿Qué han hecho por ti?

Invertí la pregunta, y me encontré en la misma traba.

¿Qué han hecho ellos por mí?

De pronto se me ocurrió una interrogante aún mas grande.

¿Qué hemos hecho los venezolanos los unos para los otros?

Y es aquí donde yace la Venezuela que tanto decimos querer, es aquí donde nace ese espacio para conciliarnos todos. Está dentro de nosotros, dentro de cada persona que se digna a vivir su vida con consideración hacia los demás.

Sé que suena meloso y casi ingenuo; pero es tan simple que tal vez esa sea la razón por la cual el venezolano no ve la importancia que tiene la civilidad.

También hay que afrontar el hecho de que la civilidad no es cosa fácil, especialmente para el venezolano. Podría dar las mil y un explicaciones históricas, económicas, culturales y sociológicas del por que de la actitud del venezolano, al final se llegaría a lo mismo: el venezolano no sabe ser constante. Por eso nos encanta una misión, una marcha, una guarimba, una rebelión, una resistencia, una revolución; porque tan fácil como empiezan, se disipan, queda la palabra como un cascarón vacío, sin significado alguno por llenarnos de esperanza al principio y aburrirnos al momento que no obtenemos lo que queremos, todo sin compromiso alguno con aquellos que piensan distinto a nosotros.

En cambio la civilidad requiere un esfuerzo constante, el ser tolerante cuando nos afrontamos a situaciones que no nos reconfortan, el experimentar cosas nuevas con la mente abierta y a la vez mantener nuestros valores y principios firmes ante las dificultades. Es una escala



cuesta arriba, veinticuatro horas al día, siete días a la semana, trescientos sesenta y cinco días al año.

Y no, ni el gobierno ni los líderes de oposición ni nadie lo van a ser por nosotros, esta actitud nace de cada quien, está en pensamiento, obra y omisión; y la peor parte, lo más atemorizante es que, ¡hay que ser pacientes! La gratificación no es inmediata, como nos hemos acostumbrado. Hay que aprender a sentirnos gratos en el proceso. Apreciarse el trabajo, disfrutarlo, y no solo verlo como un medio insípido.



La peor solución que se nos puede ocurrir es parar de vivir, parar de trabajar o de estudiar, cuando nos encontramos ante un gobierno que nos quiere inútiles, la mejor forma de protesta sería ser lo más útiles posibles, tanto para nosotros mismos como para los que están a nuestro alrededor.

La verdadera prueba de carácter de un país está en como sus ciudadanos ponen a un lado sus diferencias para ayudarse los unos a los otros.





El futuro está de paro

Br. María Gaetano
Estudiante de Ingeniería de Materiales

El 12 de febrero del año 2014 se dio inicio a una ola de manifestaciones que clamaban el disgusto de una sociedad ahogada en una crítica situación nacional. La antesala a estos hechos ocurre en el estado Táchira cuando una protesta estudiantil exigía seguridad para sus casas de estudio. El eco de dicha protesta recorrió el territorio nacional alimentándola de estado en estado. La manifestación se nutrió de nuevos objetivos que respondían a las exigencias del venezolano común. Las marchas, pancartas, cantos, ahora estaban dedicados a la inseguridad generalizada y la corrupción vestida de cuello blanco, a la escasez acompañada de inflación representadas en largas colas y bolsillos vacíos, a la libertad de expresión en la censura de la radio y televisión, y posteriormente

a la excarcelación de los presos detenidos por defender su derecho a una protesta pacífica. En todo este escenario destacan como máximos exponentes de la causa los estudiantes venezolanos.

A lo largo de las manifestaciones que han marcado pauta en el país, los estudiantes se han caracterizado por su papel protagónico dentro de las mismas. En este sentido, los hechos acontecidos a partir del mes de febrero no han sido la excepción. Entre las calles de una Venezuela que urge por un cambio, los estudiantes son llamados a ser los detonadores de la transformación, en una constante lucha por el bienestar social y económico del país.





Las manifestaciones del movimiento estudiantil no sólo están comprometidas con las demandas del gremio universitario, como se recalcó anteriormente, también buscan elevar los reclamos de la sociedad venezolana en general. Por tal motivo, la colaboración del resto de los civiles ha jugado un rol importante en la protesta, pero a pesar de ello, los estudiantes son considerados los principales actores en la causa. El origen de este protagonismo, además de derivarse de los objetivos que son defendidos, proviene de la forma en que se ha abordado la protesta y, en especial, de las características que enmarcan la situación actual del joven y estudiante venezolano.

No es casualidad que el auge de las protestas tuviese lugar en una fecha en la que se conmemora la participación de los jóvenes en la Guerra de Independencia. El 12 de febrero de 1814 se libra la famosa Batalla de La Victoria en la cual un minoritario ejército formado por estudiantes y seminaristas inexpertos en el campo de la batalla y que contaban con un rudimentario armamento logran detener el avance de las filas realistas. A partir de estos hechos se comienza acumular en las espaldas de los jóvenes venezolanos un pasado histórico de levantamientos estudiantiles que muestran la capacidad de las generaciones de relevo de inducir nuevos cambios.

Javier Corrales en su artículo *“El 12F en comparación con otras protestas en la historia reciente de Venezuela”* recalca y compara el desempeño de los estudiantes con las figuras que destacaron en las principales manifestaciones nacionales de las últimas tres décadas. Según Corrales, la situación actual del país coincide en contexto con crisis anteriores e infiere que los estudiantes han seguido la línea de actuación establecida por los manifestantes que los precedieron.

Corrales considera que al igual que el Caracazo de 1989, la protesta estudiantil inicia con un gobierno desgastado y que carga





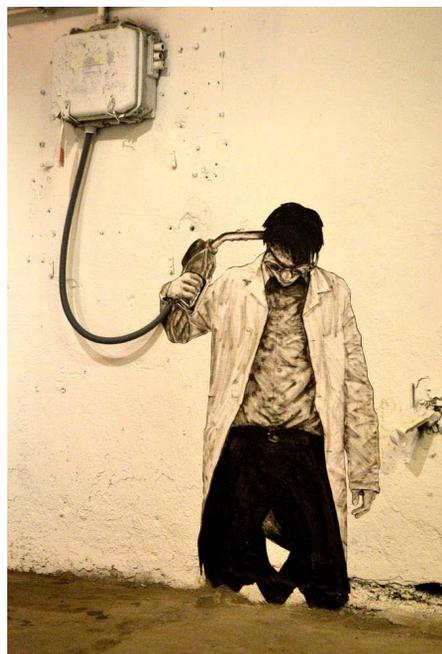
una delicada crisis económica sobre sus hombros. Seguidamente, los estudiantes se ganan una popularidad entre la población que se asemeja a la que obtuvieron los colaboradores del alzamiento de Hugo Chávez en febrero de 1992. Con respecto a las manifestaciones de 2001 y 2004 el artículo rescata que los estudiantes han logrado sostener la protesta a pesar de las represalias del gobierno. Finalmente en 2007, con las manifestaciones por el

cierre de RCTV, los estudiantes enfocan la atención en contra de las reformas constitucionales y la libertad de expresión en la radio y televisión.

Los resultados obtenidos con las protestas estudiantiles previas se presta de respaldo para la juventud venezolana frente a la situación que encara. Hoy en día, los estudiantes universitarios buscan renovar la manifestación con las innovaciones que ofrece el presente. Gracias a los avances tecnológicos y su popularidad dentro de la cultura de los jóvenes, la protesta se ha adueñado de las redes sociales. Frente a la censura de los medios de comunicación, la difusión de mensajes, fotografías y videos a través de Twitter, Facebook, Youtube e Instagram, ha representado el puente para informar al colectivo nacional e internacional respecto a la realidad que acontece en el país.

Los estudiantes han expandido y diversificado la protesta. A las concentraciones de calles se le han unido las actividades realizadas en las comunidades y universidades; las primeras tienen como objetivo presionar directamente al gobierno en la búsqueda de soluciones a los problemas de la nación mientras que la segunda surge ante la necesidad de sumar masas a la causa. Por tal motivo, los estudiantes exhortan a promulgar el debate y despertar conciencias, para ello los mensajes escritos, generalmente en pancartas o incluso en simples trozos de telas, se han convertido en una forma de expresión simple pero notoria.

“Los huevos no están escasos, los tenemos los estudiantes” “Mi abuela es chavista y la otra de oposición pero ninguna consigue las pastillas para la tensión” “¿Cómo construyes un país sin



educación?”. En esta clase de declaraciones se mezclan el ingenio, la jocosidad, la rebeldía e ironías propias de un joven venezolano, el cual ha sabido invertir estas características en el desahogo del enojo, la exigencia de respuestas, pero especialmente, en la búsqueda de la unión de un país fragmentado por disputas políticas que requiere encontrar en las dificultades que comparte una razón suficiente para apartar las diferencias y colaborar en la causa común que una pancarta en particular logró plasmar: **“El futuro está de paro”**.

Para los estudiantes venezolanos esa es la realidad que aplasta a su país: su futuro se está paralizando. Si existe algo que personalmente afecta a los jóvenes venezolanos es el hecho de que su oportunidad y el de las generaciones venideras de construir un porvenir en su país se está fugando. Ante universidades con un presupuesto insuficiente, precios que rayan en la exageración, la inseguridad por doquier, la falta de empleo en las áreas en la que se gradúan, los jóvenes consideran seriamente establecerse en un país extranjero mientras que para los que se mantienen en Venezuela las posibilidades de mejorar su calidad de vida se tornan

engorrosas. En consecuencia, la lucha de los estudiantes es por el derecho que legítimamente les corresponde de permanecer y superarse dentro del país que los vio nacer.

Los estudiantes no encabezan una confrontación de gobierno con sociedad únicamente porque lo que están defendiendo es una causa justa sino porque el cambio ha pasado a ser una necesidad que los afecta directamente. El gobierno ha enfrentado las acusaciones a base de discursos que llaman a la paz y la discusión pero que en la acción se traducen en represalias. A pesar de ello se mantiene el eco del reclamo, uno que se considera puede llegar a ser difícil de disipar. En este sentido, Federico Vegas en el artículo *¿Por qué los estudiantes?* alega:



En apariencia, si solo medimos contextura y armamento, los estudiantes son un enemigo ideal para destruirlo, pero a riesgo de convertirte en un vil Goliat que tarde o temprano recibirá una pedrada del destino. Lo liviano se eleva, pero no desaparece en el cielo, pasa a formar parte de otra dimensión que es imposible contener, reducir, aplastar.

La protesta estudiantil ha sido tan contundente debido a la atención mediática que ha recibido la manifestación y la violenta reprimenda pública por parte del Gobierno no le ha permitido ocultar su lado opresor. Si bien el poder del régimen supera las ventajas del movimiento estudiantil, los actos de represión implican una connotación negativa sobre el Gobierno ante los ojos de la nación, por lo tanto, la popularidad que han adquirido los jóvenes entre la sociedad se ha convertido en su mayor protección. En relación a esto, en el artículo de Javier Corrales mencionado previamente, el escritor llega a una conclusión similar con respecto a la acción del Gobierno al afirmar:

Tal vez la analogía más importante no es entre los jóvenes del 12F y los demás episodios de protesta, sino entre la respuesta que le ha dado el Gobierno ha este estallido y como se ha reaccionado en los estallidos anteriores (...) A Maduro tal vez no le importe que lo llamen dictador, como dijo días antes del 12F. Pero lo que no podrá decir jamás es que su respuesta inicial al 12F merecía otro apelativo.

La pureza de los ideales estudiantiles y la valentía que se necesita para asumirlos y no decaer es reconfortante es un país con discursos desgastados y una resignación que amenaza con volverse cotidiana. Es refrescante la



innovación en su visión y en la forma de moldear ese pensamiento que es tan de ellos pero en el que puedes encontrar tu reflejo. Con una situación que los lleva a convertirse en extranjeros por obligación se antepone la libertad de decidir luchar y mantenerse para defender lo que por derecho de nacimiento les pertenece. Cuatro meses después de iniciadas las protestas la fuerza estudiantil resuelve no retirarse, no se puede garantizar que esta sea indetenible, sin embargo, el país ha trazado un antes y después de las protestas del 12 de febrero. Las caras de estos jóvenes ya quedaron marcadas dentro de la historia venezolana, quizás algún día las anécdotas de como ellos indujeron los cambios en su país podrán ser contadas a futuras generaciones.





EVALET

el ilusionista de las calles de París

Las imágenes que ilustran esta revista son de Charles Levalet, uno de los nuevos representantes del arte urbano francés. Sus pegatinas o “collages” comenzaron a aparecer en las calles de París en el año 2011. Esta forma de expresión surgió durante la segunda mitad de la década de los años sesenta, teniendo representantes de la talla de Banzky, Basquiat, Keith Haring, entre otros.



En una entrevista, Levalet explica que sus primeros trabajos los realizó cuando tenía catorce años. Fue al llegar a vivir a París cuando se sintió motivado para expresarse en las calles a través de sus “collages”. Indica que técnicamente trabaja “in situ”, es decir, elige los lugares, toma las medidas y algunas fotos. A partir de las especificidades del sitio prepara la “puesta en escena”, primero en fotografía y luego en dibujo. Utiliza un papel muy delgado y tinta china que aplica con una brocha, lo que le permite trabajar muy rápidamente. Su dibujo es estilizado por el uso del blanco y negro y de fuertes contrastes. Después recorta el dibujo, lo que le facilita adecuarlo al espacio seleccionado y, algunas veces, añade objetos directamente sobre las paredes en interacción con los personajes.

Empecé, dice, pegando mis dibujos en los muros en horas nocturnas cuando

no hay nadie en la calle pero pronto me di cuenta de que tratar de pasar desapercibido es la mejor manera de parecer sospechoso así que prefiero hacerlo a la luz del día. La mañana es ideal porque la gente está en un mejor estado de ánimo.

Levalet cuando anda por la ciudad está siempre atento a las paredes y a cualquier otro mobiliario urbano donde sondea el potencial narrativo. Un lugar le



puede resultar interesante por innumerables motivos: una puerta condenada, algún elemento incoherente en la arquitectura, un equipo de aire acondicionado, etc. Si considera que el sitio se corresponde con sus exigencias técnicas, inmediatamente toma medidas y fotos que guarda celosamente. Señala que sus personajes los modela de sus amigos y hasta de sí mismo.

Levalet trata de aplicar las mismas normas a sus imágenes que podrían regir que si fueran reales. Imagina sus “instalaciones” directamente sobre el lugar, ya que la yuxtaposición de un elemento que pertenece a lo real (un poste de luz, por ejemplo) y un elemento representado (como un personaje en posición colgante) crean cierta ambigüedad visual que confunde dos niveles de realidad. Señala que es sobre todo un trabajo sobre la exactitud de la escala y la precisión de la colocación.

Intento, indica, crear primero un efecto sorpresa, entrar en el ojo a través



de la intrusión de un estatus ambiguo en el espacio público. Luego, llevar a una reflexión que pueda ofrecer una lectura iconográfica de la imagen.

“Levalet, l’illusionniste des rues de Paris”
<http://www.artistup.fr/articles/453/le-street-art-poetique-de-levalet> (marzo 2015)
 Ver <http://masdearte.com/artes-urbano-nacido-en-la-calle/>. Imágenes tomadas de internet y de <http://www.levalet.org/>

